

CENIT

sociología
ciencia - literatura

Sumario

Redacción. Notas de actualidad.—Albert Camus: El siglo del miedo.—Eliseo Reclus: Ideario.—G. Woodcock: El escritor y la política (I).—John Steinbeck: Relato. La marcha hacia el Oeste.—José Peirats: Ante un gran dilema histórico. Los medios y los fines.—Redacción: El III Certamen Socialista.—Rafael Barret: Moralidades actuales.—Juan Ferrer: El anarquista ante la sociedad y ante sí mismo.—Germen: Las letras inglesas. La literatura predilecta del pueblo británico.—Angel Samblancat: Antipapismo rabión.—A. Kirou: El cine. El universo personal en la realización.—Fontaura: La vida y los libros. El anarquismo en la vida social de Francia.—Rainer Maria Rilke: El Poeta.—Emilio Muse: Escepticismo y porvenir social (II).—Octavio Alberola: Finalidades de la Sociología. — Mariano Viñuales: Arte. Por el estudio de nuestros artistas.—Jorge Bernanos: Ideario.—Argos: Las Ciencias. Esquema de ideas y hechos.—Poetas de ayer y de hoy: Enrique González Martínez: Renovación. Te engañas.



Abril
1952

16

REVISTA MENSUAL

Publicación de Madrid

NUUESTRA PORTADA

Nacimiento y pujanza de primavera. Enlace y fusión de símbolo y realidad. Materia e idealidad marchando a la par.

Eterno poema de la natura: germinación, desarrollo y fecundación en la madre tierra, entre los seres todos.

Y brota el anhelo vital: que, tras la siembra, sube esbelta y pletórica la espiga que nos da el pan. Verdes, floridos los campos. Sobre la campiña, bajo el fondo azulado del espacio infinito, el volar de los pájaros embelleciendo el paisaje. Y en la humana especie: que a la fecundación le anteceda anhelo de superación, en lo físico y en lo moral.

¡Auras primaverales! Optimista canto a la vida: Eterna renovación, que lleva consigo la esperanza en el futuro.

He ahí lo que el artista ha logrado sugerir; lo que, a tono con cada sensibilidad, la imaginación puede engalanar y engrandecer.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a J. Cazorla, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Fontaura, Peirats, Ferrer.

Administrador: J. Cazorla. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

Notas de actualidad

CONCIENCIAS QUE DESPIERTAN. - HACIA EL OCASO DE LA COLONIZACION. - DOMESTICACION DE INTELIGENCIAS

LOS fusilamientos que el fascismo ha llevado a cabo en Barcelona, han tenido como consecuencia el adentrar en la mente de algunos, tal vez un tanto olvidadizos, pareciendo a veces indiferentes, el acuciante problema de España. Es lamentable que sea solamente como repercusión de un acto sangriento, como consecuencia de la arbitrariedad llevada al paroxismo, que vibre la emotividad de quienes han tenido ocasión sobrada, datos abundantes, para percatarse de lo que es el régimen franquista. Veremos ahora si ese despertar que se manifiesta en la conciencia de algunos intelectuales anglosajones, tiene espíritu de continuidad, pasando, de la protesta en torno al hecho episódico, a una acción de carácter permanente.

Hay un drama callado, —bien lo sabemos—pero de trágica intensidad: el terrible pauperismo que pesa sobre toda una nación, el draconiano espíritu de espionaje y represión que evidencia al más abyecto de los regímenes policíacos. Y ello un día, y otro... Así meses, así años. Tal estado de cosas debería ser suficiente para, en lo que a algunos se refiere, determinarles a tomar una seria actitud combativa, sin que hiciera falta para ello el momento de vibrar con indignación ante el hecho brutal de unos fusilamientos, que, en resumen, no son más que la consecuencia, el corolario de todo un estado de cosas denigrante.

Ya nadie, a estas alturas, cree en el paternalismo que han pretendido ejercer, con respecto a sus colonias, cuantas naciones han sacado lo que han podido de los indígenas de color, de los pueblos sometidos a tutela. Y, naturalmente, quienes menos creen en las virtudes de un tal paternalismo son los propios «favorecidos». Se explica que llegados «a mayoría de edad» se percaten de que se les ha venido explotando y engañando de todas las formas imaginables. Cunde por doquier la agitación

o se está gestando la protesta e insubordinación. Y por lo de «a río revuelto, ganancia de pescadores», no faltan, los «pescadores», valiéndose de todas las argucias para desarrollar su plan. Las consignas entran en juego, y con el pretexto de bregar por la independencia, se busca que dependan de otro centro de gravedad, que sean satélites los que deben de tener personalidad propia.

Pero, con todo y ser bastantes quienes se dejan llevar de espejismos demagógicos y esperan que sea el comunismo quien llegue a resolver sus problemas; los que no comprenden lo que supone desprenderse de una hegemonía para entrar en la órbita de otra, igual o peor, es lo cierto que se vislumbra igualmente, un tanto difuso aún pero con esperanzas de amplia comprensión, un anhelo hondamente sentido, en pro de una completa emancipación. Hay entre aquellos de color y costumbres diferentes a los europeos, quienes tienen formada una composición de lugar al respecto de lo que son reales factores, causas fundamentales del malestar social: Comprenden que de ningún Estado puede esperarse nada bueno, saben lo que representa el sistema capitalista, y desprecian los anacronismos de castas y de religiones. Existe un fermento libertario que tiende a desarrollarse. Cabe pensar que un amplio impulso de humana emancipación puede, algún día, venir de aquellos pueblos que hasta ahora han sido considerados atrasados.

Cuando la inteligencia obra con libertad puede analizar las cosas en un plan de libre examen. Cuando se está a merced de quienes obran con deliberados propósitos, la inteligencia se halla algo así como en estado de domesticidad; en una dependencia que anula el criterio propio. Para contrarrestar la influencia moscovita en las organizaciones obreras, se viene desarrollando, bajo la égida de la plutocracia norteamericana, una intensa labor de propaganda, a base de periódicos y revistas

EL SIGLO DEL MIEDO

EL XVII fué el siglo de las matemáticas, en tanto que el XVIII es el siglo de las ciencias físicas y el XIX el de la biología. Nuestro siglo XX es el siglo del miedo. Se me dirá que esto no es una ciencia. Pero, en principio, la ciencia está ahí por algo, puesto que sus últimos progresos, teóricos la han conducido a negarse a sí misma; y sus perfeccionamientos prácticos amenazan la destrucción de la tierra entera. Además, si el miedo en sí mismo no puede ser considerado como una ciencia, no cabe duda de que representa una técnica.

Lo más sorprendente, en efecto, del mundo en que vivimos es, en primer lugar y de un modo general, que la mayoría (salvo los creyentes de toda especie), están privados de un porvenir. No hay existencia que valga la pena de no estar proyectada hacia el futuro; sin promesa de madurez y de progreso. Vivir apegados a un muro es la vida de los perros. Y bien: los hombres de mi generación y los de la que, en nuestros días, entra en los talleres y Facultades, ha vivido y viven, cada vez más, como los perros.

Naturalmente, no es la primera vez que los hombres se hallan ante un porvenir materialmente tapado. Pero, generalmente, triunfaban de ello por la palabra y por el clamor. Recurrían a otros valores que les infundían esperanza. Hoy nadie habla de ello (excepto aquellos que no hacen más que repetirse) porque el mundo nos parece estar

muy bien presentados, por los que se tiende a querer demostrar las excelencias de la vida obrera en los Estados Unidos. Y es el caso que la campaña en cuestión se desarrolla por conducto de organismos y de elementos que pretenden ser obreros y defender los intereses del proletariado. Nada cuesta creer en lo que afirman ser cierto, que pertenecen, o han pertenecido a un ambiente obrero; pero lo que tampoco puede negarse es que, elementos y organismos que de tal suerte proceden no son otra cosa que domésticos de la burguesía, pagados para contrarrestar la acción de otros, domésticos del imperalismo ruso.

Al «paraíso ruso» se busca enfrentar el «paraíso norteamericanos». Y es el caso que, tanto a unos como a los otros propagandistas, se les ve la hilaza: se nota que han domesticado debidamente sus respectivas inteligencias para ponerlas a disposición, unos de los que pagan con rublos, otros de los que retribuyen con dólares.

conducido por fuerzas ciegas y sordas que no han de entender las llamadas de advertencia, ni los consejos, ni las súplicas. Algo en nosotros ha sido destruido por el espectáculo de los años que acaban de transcurrir. Y ese algo, representa la eterna confianza del hombre, que le ha inducido siempre a creer que se podría sacar de otro hombre reacciones humanas, hablándole el lenguaje de la humanidad. Hemos visto mentir, envilecer, matar, deportar, torturar, sin que, en cada caso, haya sido posible persuadir, a quienes lo hacían, de no hacerlo; dado que estaban seguros de ellos, y que no es posible persuadir a quien representa una abstracción.

El largo diálogo de los hombres acaba de interrumpirse. Y, por supuesto, un hombre a quien no se puede persuadir, es un hombre que da miedo. Es así que junto a gentes que no hablan por considerarlo inútil se extendía y se extiende siempre una inmensa conspiración de silencio; aceptado por los que tiemblan y buscan justificantes para ocultarse a sí mismos ese temblor, suscitado por quienes en que se produzcan ponen interés: «No se debe hablar de la depuración de artistas en Rusia, porque de ello se aprovecharía la reacción.» «Debéis callaros acerca del apoyo a Franco por los anglo-sajones, porque ello aprovecharía al comunismo.» Ya dije bien que el miedo es una técnica.

Entre el miedo muy generalizado de una guerra, que todo el mundo prepara, y el miedo particular de las ideologías homicidas, es bien cierto que vivimos en el terror. Vivimos en el terror porque la persuasión no se hace posible: porque el hombre ha sido entregado por entero a la historia, sin inclinarse hacia esa parte de sí mismo, tan verdadera como la parte histórica, y que vuelve a encontrar ante la belleza del mundo y de los semblantes; porque vivimos en el mundo de la abstracción, el de las oficinas y las máquinas, el de las ideas absolutas y del mesianismo sin matización. Nos ahogamos entre gentes que creen tener absolutamente razón, que sea en relación a sus máquinas o a sus ideas. Y para todos aquellos que no pueden vivir si no es entre el diálogo y la amistad de los hombres, ese silencio representa el fin del mundo.

Para salir de ese estado de terror haría falta

poder reflexionar y obrar de acuerdo con la reflexión. Pero el terror no es precisamente un clima favorable a la reflexión. Tengo la convicción, no obstante, que en lugar de reprobado ese miedo, considerarlo como uno de los primeros elementos de la situación y ensayar de remediarlo. No hay nada tan importante. Ello concierne a la suerte de un gran número de europeos que, hartos de violencia y de mentiras, decepcionados en sus más grandes esperanzas, repugnándoles la sola idea de matar a un semejante, aún siendo para convencerle, les repugna igualmente la idea de ser convencidos en la misma forma. Por lo tanto, es la alternativa en que están situados esta gran masa de hombres en Europa, que no pertenecen a ningún partido, o que no se hallan a gusto en aquel que escogieron: dudan que el socialismo haya sido realizado en Rusia, y el liberalismo en América; reconocen, no obstante, el derecho a éstos y aquéllos de afirmar su verdad, pero niegan el de que sea impuesta por la muerte individual o colectiva. Ante los poderosos de la hora son hombres sin reino. Esos hombres no podrán hacer admitir (no digo triunfar sino admitir), su punto de vista, y no podrán volver a encontrar su clima favorable en

tanto que no hayan tomado conciencia de lo que quieren, para decirlo con sencillez y fuerte, a fin de que sus palabras puedan atar un manojo de energías. Y si el miedo no es clima de una justa reflexión, hace fata, pues, en principio, ponerse en regla con el miedo.

Para ponerse en regla con él precisa saber lo que significa y lo que rechaza. Significa y rechaza un mismo hecho: un mundo en el cual el homicidio está legitimado y la vida humana es considerada como cosa baladí. He ahí el primer problema político de hoy. Y antes de llegar a lo demás, hace falta tomar posición con relación a él. Con antelación a toda construcción, se necesita hoy enfocar dos cuestiones: «¿Sí o no, directamente o indirectamente queréis ser muerto o violentado? ¿Sí o no, directamente o indirectamente, queréis matar o violentar?» Todos cuantos digan no a estas cuestiones son, automáticamente, comprometidos a una serie de consecuencias que han de modificar su manera de situar el problema. Mi proyecto es el precisar dos o tres de tales consecuencias. Mientras, el lector de buena fe puede interrogarse y responder.

Albert CAMUS

IDEARIO DE ELISEO RECLUS

* Nosotros, que nos esforzamos en ser buenos, somos como esos nadadores que van contra la corriente: nos hace falta también nuestro propio cansancio y nuestros desfallecimientos

* El que no quiere no hará nunca nada; aquel que quiere hará siempre un poco más, y lo poco que vaya haciendo le ayudará a proseguir.

* Seamos anarquistas por el razonamiento, por la voluntad, por el carácter, pero seámoslo, sobre todo, por la bondad.

* La verdadera generosidad jamás pide recompensa. Es en esto que nos diferenciamos de los cristianos que hacen usura con su buen Dios, y que ponen en una balanza cada uno de sus actos y los gozos del Paraíso.

* Aquél que piensa, incluso aisladamente, aquél que no hace revolución más que en su propio cráneo, no es por ello menos revolucionario, y también dejará estela tras de sí.

* Aunque uno a veces sienta náuseas ante la realidad del vivir, no hay que dejarse llevar del abatimiento. Se han de guardar, incluso acrecentar las propias fuerzas para proseguir la lucha.

* Es por el carácter personal que se lleva a efecto la verdadera propaganda.

* Escuchad los argumentos contrarios después de haber expuesto los vuestros; sabed callar y reflexionar. No probéis el tener razón en detrimento de vuestra sinceridad.

* Si tu obras, sobre todo, por la fuerza del pensamiento, haz pensar a los demás. Si en tí hay bondad y dulzura, haz que amen los demás. Si tú eres un hombre de acción, obra con los otros o por los otros.

* ¡Cuántos esclavos se vengán cobardemente procediendo, no contra el amo, sino contra el caballo del amo!

* La vida es buena porque en ella va implícita la lucha.

* En el fondo, la anarquía no es más que la tolerancia perfecta, el reconocimiento absoluto de la libertad de otro.

* Sembramos nuestro grano, y a veces germina distintamente a como nos lo habíamos imaginado, pero germina.

* Me siento feliz porque estoy firmemente resuelto a serlo.

* Cada dios se suele parecer al pueblo que le adora.

* Ya no es el acto en sí mismo lo que importa sino el impulso.

* Poco importa el juicio de aquellos que, por una o por otra razón, se dejan llevar de una pasión malévola.

* Los hombres difieren tanto los unos de los otros que no se les puede aplicar una misma medida.

EL ESCRITOR Y LA POLÍTICA

I



UNO de los problemas que más persistentemente afligen al escritor, en nuestra presente sociedad, es su relación con la estructura de ésta, y en particular con las tendencias que aspiran a cambiar tal estructura social con objeto de eliminar algunos de los males que la sociedad impone a la humanidad. Para presentar el problema de otra forma: la mayoría de los escritores están profundamente interesados en la política e igualmente persuadidos de la dificultad de reconciliar las acciones y métodos políticos con el sentido que rige o debería regir el paso hacia su vocación de escritores. Inclusive el escritor que pretende rehuir el pensar políticamente y dedicarse a su arte, de una forma exclusiva, es impulsado en sus acciones por la importancia que tiene la política en el mundo donde trabaja. La consciente evitación de llegar a estar implicado en política, muestra que en la mente de tal escritor la política ocupa un lugar o pensamiento, aunque éste no sea nada agradable. La torre de marfil es un síntoma tan inexplicable en los problemas sociales como los refugios antiaéreos lo son de los orígenes de la guerra.

Este siglo se distingue de sus predecesores, no meramente por el hecho de que éste es un tiempo de ineluctable disturbio social, que afecta literalmente la vida de cada individuo, sino también porque mientras el escritor no puede evitar el que se desarrolle en él una cierta conciencia social, bien sea positiva o negativa, encuentra sus apreciaciones como artista, como intelectual, tan fuertemente opuestas a las de la sociedad en general que resulta casi imposible para él compenetrarse con la política en ningún sentido. (Por política, en este ejemplo, quiero decir la clase de actividades que son llevadas a cabo por partidos políticos y que están reflejados en métodos e ideologías de estos partidos, tanto de izquierda como de derecha).

En el siglo XIX era posible todavía para el escritor sustraerse de una intensa conciencia social con tal de que éste tuviese una holgada renta y poco contacto con la clase trabajadora. Pero, incluso entonces, se hacía difícil para un escritor que había llegado a ser socialmente cauto, reconciliar la acción política con las reglas y apreciaciones que él deseaba observar en el ejercicio de su vocación. William Morris, por ejemplo, no pudo trabajar por largo tiempo en términos amistosos con las diferentes secciones del movimiento laborista en embrión con quienes se asoció, precisamente porque su sentido de apreciación y visión social eran irreconciliables con las actitudes políticas y tácticas de sus asociados.

Esto contrastaba con la situación de los escritores del siglo XVIII e inclusive con los de los primeros años del siglo XIX. Dean Swift pudo actuar como un panfletista político sin hallar nada inconsistente entre sus escritos sobre asuntos sociales y su trabajo literario.

Realmente es en los escritos polémicos de Swift donde encontramos algunos de sus mejores trabajos desde un punto de vista literario. Igualmente, cuando la Revolución Francesa, era posible para un literato como Godwin jugar un papel de primera importancia en la actividad social, escribiendo un tratado sobre la Justicia Política. En el mismo período Hazlitt pudo escribir comentarios políticos y ensayos literarios sin encontrar ninguna incompatibilidad entre

estas dos actividades. Para nosotros que les leemos hoy, los trabajos de Godwin y Hazlitt aparecen como escritos de cuerpo unificado. El sentido que Hazlitt observó escribiendo sobre la política de sus días pertenecía a la misma unidad que la de sus magníficos ensayos sobre crítica shakespeariana. Entre Hazlitt el político y Hazlitt el ensayista literario no aparece hiato mental igual al que divide al Spender de «Forward from Liberalism» del Spender del «The Still Centre». Para Hazlitt no hubo problema de elección entre política y literatura, como el que tuvieron que afrontar muchos de sus contemporáneos escritores. El vio las dos formas de escribir como expresiones de la misma actitud hacia el mundo.

Muchos de nuestros poetas y novelistas, particularmente en las generaciones que precedieron a la guerra, estaban comprometidos en el formal y serio intento de usar la influencia de sus escritos, su pensamiento en coadyuvar al establecimiento de la justicia social. Tuvieron sus embrollos en política, se desenvolvieron mal en el seno del partido e hicieron lo posible por resurgir su personalidad en el mar de consignas, de futilidades tales como el Frente Popular. Muy pronto, sin embargo, se dieron cuenta de su incompatibilidad con sus asociados de partido y cambiaron el juego endeble, superficial de la política, por otro de más consistencia.

Criados en una tradición liberal de honestidad y juego limpio—y no se pueden desconocer no obstante, las virtudes negativas de la conciencia liberal—quedaron sorprendidos, descorazonados, al descubrir la deshonestidad y mala fe del ala izquierda política. Imbuídos del respeto intelectual por la independencia de pensamiento y de palabra, se resintieron de las escasas fuerzas que intentaban atarles al lado del partido. Teniendo alguna preocupación por la verdad, al menos como una virtud social individual, miraban con desagrado el culto cínico de falsedad y desvío puesto en práctica por los *mandamases* y propagandistas del partido. Además, los inconvenientes no vinieron de una sola dirección. Atacados por sus colegas escritores, a causa de haber desertado del lugar que había sido considerado por tanto tiempo como incumbente al intelectual, fueron igualmente atacados por sus colegas políticos, porque no pudieron adaptarse, incuestionablemente, a un principio de dogma con el cual no estaban completamente de acuerdo.

Comenzó una inevitable desilusión. El fracaso del Frente Popular, la traición a la Revolución Española, las vacilaciones y las deshonestidades del Partido Comunista, así como el malestar personal, motivo del propio esfuerzo por guardar el equilibrio entre la separación personal y la fe colectiva en el dogma, les condujo paulatinamente a un acentuado disgusto con el ala izquierda política. Unas cuantas figuras de segundo orden, por razones personales y de provecho, abandonaron sus pretensiones literarias y pasaron a la línea propagandista del partido. Esto, sin embargo, no tuvo mayor importancia, y los comunistas llegaron a quedar descartados del mundo intelectual de Gran Bretaña, para todos los fines y efectos.

La repulsión de sentimientos contra los comunistas llegó a ser una repulsión contra los partidos políticos en general. Para los ojos ingenuos de la década del 30, los comunistas habían, desde luego, aparecido como la tabla de salvación

en la lucha social. Ellos formaban la única agrupación de alguna importancia que diese señales de vitalidad y que gritara lo que parecía sonar como un lenguaje revolucionario. Más aún: sus oportunidades para traicionar a las gentes, en este país, habían sido muy pocas, y la verdadera historia de sus actividades en Rusia y otros países, no era conocida todavía sino por muy pocos, incluso entre los escritores.

El resto de los partidos tenían muy poca cosa susceptible de atraer al intelectual, y cuando la duda y las decepciones les hizo retirarse del ambiente comunista, no vieron otro movimiento político que les pareciera merecer su atención. En verdad, muchos de ellos estaban demasiado desilusionados para buscar un poco más allá.

Volviendo al punto de partida, los intelectuales quedaron como, en realidad, pudieron a duras penas evitar, de quedar, en el ambiente, profundamente interesados en el problema social y, desde su desafortunada experiencia con las organizaciones políticas, se patentiza la propensión del escritor hacia la realización de un cambio social. En un sentido negativo, su actitud está menos embrollada que estaba hace diez años. Ellos han repudiado métodos políticos, y se han dado cuenta, una vez más, de la necesidad de obtener la libertad individual como factor básico en la organización social. De otra parte, han hecho muy poca cosa positiva. Incapaces de iniciar una acción de unidad, o de manifestar una enérgica actitud individual, se han adherido de forma vaga a corrientes de pensamiento de menor importancia, de poco o ningún contacto con la opinión pública, y cuya carencia de un fin positivo les hace ser inoperantes como medio de cambio o regeneración social.

Las experiencias de los escritores ingleses en su convivencia con los políticos, desde luego, fueron largamente moldeadas por las circunstancias particulares de este país. Los escritores ingleses tienen poca experiencia de las ideas y métodos revolucionarios, y muestran usualmente una posición no bien determinada con referencia a la política. Esto es el resultado de un siglo o más, durante el cual un inteligente sistema de gobierno ha mantenido un equilibrio político desconocido en cualquier otra parte de Europa.

Sólo recientemente ha ganado en Inglaterra la lucha social el significado que ésta ha tenido en Francia desde 1789, así como en los otros países continentales ya desde muchas décadas. Que un importante sector de escritores ingleses se haya dado cuenta de la podredumbre del presente sistema social, es algo que sólo ha ocurrido una sola vez, por un período relativamente breve, al final del siglo XVIII. No es de sorprender, por lo tanto, que los escritores del 30, evidenciaran la experiencia política que les llevó, como a incautos, a manos de los líderes políticos. Esta falta de desarrollo en el sentido social ayudará a explicar el hecho de que después de su desilusión, muchos de ellos intentaran descubrir métodos alternativos para realizar el cambio social que ellos aun admitían ser necesario.

No obstante, la experiencia aludida ha sido la que, en general, han soportado los escritores de todos los países en sus relaciones con los movimientos políticos durante los recientes años.

Mayakovsky y Yessenin, dos de los más grandes entre los nuevos poetas rusos, apoyaron la Revolución de Octubre con entusiasmo vehemente. Se lanzaron a la pelea sin reserva alguna, y dieron todo su apoyo a los bolcheviques. Pero cuando la «revolución» estaba hecha, cuando el Partido estaba sentado en el poder, vieron la realidad, que era el escarnio a la visión de una sociedad mejor. Se encontraron en un terreno donde el pequeño burócrata les acosaba constantemente y con una línea, tirada por el Partido, dando la medida para su inspiración poética. Su fe fué destruída de una forma tan completa que fueron llevados, Yessenin primero, Mayakovsky, unos cuantos meses después, a la real destrucción física del suicidio.

En otras partes de Europa y de América, los escritores sinceros e inteligentes fueron llevados, si no al suicidio físico, al menos a una comprensión de la imposibilidad de poder realizar algo parecido, trabajando con los partidos políticos existentes. Hombres como Gide y Silone tuvieron que separarse de partidos y políticas que habían apoyado en el pasado. Ellos encontraron que la estructura sectaria de estos estamentos, hacía imposible a cualquiera poder expresar pensamientos libres mientras permaneciera en su seno. Encontraron también que los partidos que pretendían ser revolucionarios, de hecho trabajaban en tal sentido que sus esfuerzos no podían posiblemente producir una sociedad revolucionaria. Se dieron cuenta de la corrupción, implícita en el poder político, y lo recusaron.

Pero ellos no dejaron de ser sinceros revolucionarios o de trabajar por un cambio social que trajese libertad y justicia al género humano. Los libros que Silone escribió después de abandonar el Partido Comunista Italiano, están considerados entre la más grande contribución que un escritor haya hecho a la lucha por la libertad.

Los políticos y los «revolucionarios» profesionales se han dado prisa en explotar la secesión de ciertos escritores de los grupos de partidos, a fin de desacreditarles. En los círculos políticos se nos dice siempre que los intelectuales están corrompidos por su medio ambiente burgués. Se les supone estar interesados solamente en su carrera y no tener preocupación real por el futuro de los trabajadores. Se les considera estar lejos de la realidad (solamente los marxistas, claro está, pueden ser «realistas»). Los demás son todos «reaccionarios de corazón», «manchados de individualismo y misticismo». Son la clase de personas de quienes puede esperarse «la cooperación con el fascismo», y, finalmente, «no son de ninguna utilidad real a los trabajadores o al movimiento revolucionario» y su partida debe verse con agrado. Esta clase de calumnia, combinada con la dificultad con que los trabajadores, educados por el Estado, siguen las teorías de muchos escritores, ha resultado apropiado para apartar a la intelectualidad del camino de aquellos trabajadores que también desean un cambio social radical. La palabra «intelectual» ha llegado a resultar una expresión por la que los políticos del ala izquierda tratan de desacreditarse los unos a los otros, y a cualquier rival común. El efecto de esta política ha sido reforzar el cargo de los líderes sobre los partidos y grupos políticos, porque cualquier individuo que tome una actitud de independencia y rechace seguir la línea trazada por el Partido, puede ser desacreditado como un «intelectual», que lucha por fines propios y que no tiene nada en común con los trabajadores. Estos métodos los he visto en operación literalmente en todo el movimiento del ala izquierda, desde el Partido Laborista hasta en ciertos anarquistas. El uso demagógico de esta clase de argumento es obvio: Sirve, efectivamente, para tener separados a masa y jefes, de cualquier escritor que piense en un sentido original y propio, y así preservar el dogma del partido—e incidentalmente, a los dogmáticos—de los efectos de la crítica.

Los hechos de esta situación, de cualquier forma, parecen ser contrarios a los argumentos de los políticos. El objeto de este artículo es demostrar que la razón por la cual los escritores o intelectuales (1) no pueden cooperar con los grupos políticos reside en las faltas inherentes a la natu-

(1) Por la palabra «escritor» e «intelectual», quiero significar aquellos hombres que escriben libremente y de acuerdo con su propia concepción de la verdad. No quiero significar esos periodistas prostituidos que voluntariamente someten su trabajo al dictado de la autoridad o del dinero. Tampoco quiero significar esos sesudos intelectuales que sólo se preocupan de su propio bienestar o fama personal, y cuya bufonía y charlatanería ayudan a desacreditar a todos los intelectuales a los ojos de la clase humilde.

raleza de organización de los partidos y no en la del escritor *per se*.

Al hacer esta declaración no quiero decir que todo escritor es perfecto. Desafortunadamente, hay una minoría para la que las acusaciones corrientes contra los intelectuales, son verdad. Algunos escritores se ciegan por el dinero o por el medio ambiente burgués. Muchos están interesados en su carrera, a exclusión de cualquier consideración por el bienestar de la humanidad. Muchos construyen su propio mundo de irrealidades desde el cual vuelven las espaldas a las crueldades del mundo público. Muy pocos, como Henri de Montherlant y Drieu de la Rochelle, han sido arrastrados por alguna perversidad psicológica, a apoyar a políticos fascistas o reaccionarios.

Pero, a pesar de todo esto, el número de escritores—a diferencia de los periodistas prostituidos—que han traicionado deliberadamente al oprimido, o actuado de una forma reaccionaria, es extremadamente pequeño. Muchos han optado por separarse completamente de la política y escribir de acuerdo a sus impulsos artísticos. Muchos más han llegado a tal estado de descorazonamiento en su experiencia política, que han terminado por abandonar sus actividades sociales, desilusionados. Pero no hay opinión sofista que pueda clasificar tales actitudes como traiciones; y aquellos escritores que actuaron deliberadamente contra los intereses de la clase trabajadora, o contra un genuino ideal revolucionario, son pocos, verdaderamente, en comparación con la gran legión de hombres originarios de la clase obrera, quienes, en plan de líderes de partidos o de las Trade Union, han sido corrompidos por los privilegios, y han oprimido y sacrificado a los trabajadores que les llevaron al Poder. Por otra parte, muchos escritores han sacrificado su carrera y su vida, trabajando en pro de la justicia social, y el peligro que estos hombres representan para la tiranía, se muestra por el número de intelectuales que han sido martirizados por su crítica combativa a la autoridad.

El verdadero escritor independiente, por el mismo ejercicio de su función, representa una fuerza revolucionaria. Yo no me refiero aquí especialmente a la parte que los escritores han tomado en preparar un sumario de la sociedad moderna en la que los revolucionarios han fijado su posición. Esto es en realidad importante si uno considera el valor en crítica social de hombres como Marx, Godwin y Kropotkin, o incluso Defoe, Swift y sus iguales. Pero considero que el hombre que está dispuesto a aplicar a cualquier asunto sobre el que escribe, una crítica normal, basada en una concepción sincera de la razón, está obligado a actuar con sus escritos contra la injusticia y la falsedad, incluso si este escritor no escribe con el fin específico de acelerar el cambio social. El novelista que describe, en un todo, la vida de la clase

media; el poeta que describe, sin un comentario siquiera, la agonía espiritual de la guerra, así como el pintor exhibe en lienzos un símbolo de la *schizoid*, futilidad de una ciudad moderna, todos juegan su parte en la destrucción de una sociedad corrupta. Exponer la verdad, aunque sea en un sentido limitado, es levantar o crear una opinión, con la cual se debe juzgar y condenar la falsedad. En este sentido, cualquier artista honesto es un agitador, un anarquista, expresando un criterio independiente, razonado, ataca el principio de autoridad, retratando la verdad de acuerdo a su propia visión ataca las manifestaciones fatuas de la sociedad. Es por esto que los gobiernos tratan de desanimar al artista independiente que se resiste a ser comprado, escribiendo, componiendo, o pintando, haciéndose instrumento de ciertas convenciones, o en interés de una propaganda trivial. En Rusia, la imposición del «Realismo Social»; en Alemania, la campaña contra «El Arte degenerado», fueron realmente ataques contra el artista independiente, porque las verdades que decía eran subversivas para la autoridad. En tales ambientes sociales el escritor o el artista que, en cualquier sentido, se las arreglaba para exponer sin miedo su criterio, llegaba a ser agente de la revolución, como el más decidido de los militantes revolucionarios.

Y aquí creo radica la verdadera razón de la dificultad que la mayoría de los escritores encontraron al asociarse con los movimientos de tipo político. El escritor consciente, el artista sincero, el intelectual verdadero, son capaces todos de actuar en un sentido revolucionario, en tanto se les permita pensar y hablar sin coacción o restricción. Esto encaja tanto a sus escritos específicamente sociales u obras artísticas, como al elemento anárquico y subversivo en trabajos que podrían ser determinados «arte puro» o «pensamiento independiente». En tanto que trabaja de acuerdo con un credo internamente válido, su trabajo tendrá un significado real, y contribuirá espontáneamente a la destrucción de la falsedad. Cuando en realidad está subordinado o intenta subordinar sus trabajos a un sistema externo, llegan a ser afectados como una frustración mental, que hemos notado como actitud característica del intelectual moderno, cuando se enfrenta con el problema social. La unidad que caracterizaría el trabajo del escritor es reemplazada por una dualidad: comprendiendo, de un lado, las cualidades que él ha creído son válidas en él mismo, y del otro, las cualidades de un código externo al que él trata de amoldar su trabajo. En cuanto subordina las cualidades internas a las externas, su trabajo pierde significado. En vez de ser subversivo, se convierte en un subordinado, en un intelectual esclavo, en vez de libertador del pensamiento.

G. WOODCOCK

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

RELATO

LA MARCHA HACIA EL OESTE

...Y he aquí gente en fuga, que huye del temor que queda a sus espaldas. Por tantas extrañas cosas han pasado, algunas amargamente crueles, y otras tan bellas, que la fe ha vuelto a encenderse en ellos para siempre...

J. S.



SENTADOS en el bar, los dos chóferes uno junto a otro, en banquitos redondos, con las cucharas asomando por las bocas de las tazas de café. Pasando el tiempo. Y Pat, fregando la plancha, escuchando sin comentar. La voz de Bing Crosby se calla. El disco giratorio baja y el de la música vuelve otra vez a su lugar en la pila.

La luz púrpura desaparece. La moneda, que ha hecho funcionar todo este mecanismo, ha hecho cantar a Crosby y ha hecho tocar una orquesta; esa moneda se desliza desde el entremedio de los puntos de contacto hasta la caja donde van a parar las ganancias. Esta moneda, contrariamente a las demás, ha realizado una verdadera labor, ha sido físicamente responsable de una reacción.

Chorros de vapor escapan de la válvula de la cafetera automática. El compresor de la máquina de hielo rezonga suavemente un momento y luego se detiene. El ventilador eléctrico hace girar su cabeza en un rincón, abarcando el salón con su templada brisa. Rugen los coches al cruzar por la carretera 66.

—Hace un momento se detuvo aquí un coche de Massachussets—dijo Mae.

Big Bill, uno de los chóferes, rodeó con su mano la boca de su taza de manera que la cuchara asomara entre sus dedos índice y pulgar. Sorbió una bocanada de aire con el café para enfriarlo.

—Deberías andar por la 66. Se ven coches procedentes de todo el país. Todos hacia el Oeste. Nunca había visto tantos hasta ahora. Seguramente que algo hay de bueno en el camino.

—Hemos visto un choque esta mañana—dijo su compañero—. Un coche grande, un Cadillac, bien terminado, un encanto, amarillo clarito, bien terminado, chocó contra un camión. Se le aplastó el radiador hasta la dirección. Debe haber venido a 90. La dirección lo atravesó al tipo y lo dejó sacudiéndose como rana en el anzuelo. Una joya de coche. Un encanto. Ahora se puede comprar por una insignificancia. El tipo iba solo.

Pat distrajo la vista de su trabajo.

—¿Y el camión?

—¡Jesucristo! No era un camión sino uno de esos partidos al medio, llenos de cocinas, cubos, colchones, niños y pollos. Yendo hacia el Oeste, pueden imaginarse. El tipo ese nos pasó a 90, viró sobre dos ruedas nada más que para pasarnos, y

como venía otro coche viró y se fué contra el camión. Conducía como si estuviera completamente borracho. ¡Cristo!, de pronto el aire se llenó de mantas, pollos y niños. Un chico resultó muerto. Nunca ví semejante lío. Nosotros paramos. El hombre que iba conduciendo el camión, de pie, no hacía otra cosa que mirar al chico muerto. No se le podía arrancar una palabra. ¡Atontado hasta el mutismo! El camino está lleno de familias trasladándose al Oeste. Nunca ví tantas. Y cada vez es peor. Y me pregunto de dónde diablos vienen tantas.

—Lo que hay que preguntarse es dónde van—dijo Mae—. A veces llegan aquí por esencia, pero nunca compran otra cosa. Se dice que roban. Aquí no dejamos nada a mano. A nosotros nunca nos han robado nada.

Big Bill, masticando un trozo de torta, miró hacia el camino a través de la cortina de la ventana.

—Es mejor que pongas tus cosas en lugar seguro. Creo que ahí vienen algunos de ellos.

Un Nash Sedan, 1926, se detuvo perezosamente, casi fuera de la carretera. El asiento de atrás estaba atestado hasta cerca del techo con bolsas y cestos, y encima de todo, exactamente contra el techo, venían dos niños. Encima del techo, un colchón y una tienda arrollada; los soportes de la tienda, atados en el estribo. El coche paró junto al puesto de esencia. Un hombre de cabellos oscuros y rostro enjuto, bajó con lentitud. Los dos muchachos se deslizaron desde la carga hacia abajo y pusieron pie a tierra.

Mae dió la vuelta al mostrador y se paró junto a la puerta. El hombre llevaba pantalones de lana gris y una camisa azul oscurecida por el sudor en la espalda y bajo los brazos. Los niños usaban nada más que un par de monos andrajosos y remendados. Sus cabellos eran claros y se levantaban en una tiesura uniforme en toda la cabeza, porque habían sido rapados. Sus rostros estaban surcados de polvo. Se dirigieron directamente al charco de agua bajo la manguera, e introdujeron sus pies descalzos en el barro.

—¿Podemos sacar un poco de agua, señora?—preguntó el hombre.

—Naturalmente, sírvase—. Y agregó en voz baja, por encima del hombro—: Mantendré los ojos fijos en la manguera.

Ella observó mientras el hombre destornillaba lentamente la tapa del radiador e introducía en él la manguera.

Desde el coche, un mujer de cabellos de lino, le dijo:

—Trata de traerla hasta aquí.

El hombre retiró la manguera del radiador y volvió a atornillar la tapa. Los niños le quitaron la manguera, la empujaron y bebieron ansiosamen-

te. El hombre se quitó el oscuro sombrero manchado y se detuvo frente a la ventana, con humilde curiosidad.

—¿Podría usted vendernos un pan, señora?

—Esto no es un almacén—dijo Mae—. El pan lo tenemos para hacer sandwiches.

—Sí, señora, lo sé.—Su humildad era persistente.—Necesitamos pan y dicen que por un buen trecho no hay ni siquiera casas.

—Si vendemos el pan, nos escaseará.— Su tono era vacilante.— ¿Por qué no compran un sandwich? Tenemos lindos sandwiches.

—Desde luego que nos encantaría comprarlos, señora. Pero no podemos. Tenemos que conseguir que una moneda de diez céntimos nos alcance para todos.—Y continuó con embarazo: —Nos queda muy poquito.

—No le podemos vender pan por diez céntimos—dijo Mae—. Solamente tenemos panes de quince céntimos.

—Mae, dáles pan—gruñó Pat detrás de ella.

—Nos quedaremos sin pan antes de que venga el camión del pan.

—Pues nos quedaremos sin pan, entonces. ¡Maldito sea!—gruñó Pat, y se volvió malhumorado a la ensalada de patatas que estaba aderezando.

Mae encogió sus regordetes hombros y se dió vuelta para demostrar a los dos chóferes que ya se había opuesto bastante. Abrió la puerta, y el hombre entró trayendo consigo el olor a sudor. Los niños se escurrieron tras de él, y fueron inmediatamente hacia la caja de caramelos y la miraron; no con dicha ni con esperanzas, ni siquiera con ansiedad, sino simplemente maravillados de que tales cosas existieran. Eran del mismo tamaño y sus caras muy semejantes. Uno se rascaba el porvoriento tobillo con las uñas del otro pie. Su compañero le susurró unas palabras en secreto y luego estiraron los brazos, de manera que sus cerrados puños, en los bolsillos de los monos, se destacaron bajo la delgada tela azul.

Mae abrió un cajón y extrajo un largo pan envuelto en papel encerado.

—Aquí tiene usted un pan de quince.

El hombre volvió a ponerse el sombrero con inflexible humildad:

—¿No podría usted... no sería posible cortar un trozo por valor de diez céntimos?

—¡Maldita sea, Mae!—dijo Pat en tono impaciente—. Dáles el pan.

El hombre se volvió hacia Pat.

—No; nosotros queremos comprar por valor de diez céntimos. Tenemos que calcular terriblemente justo, señor, para llegar a California.

—Puede llevárselo por diez céntimos—dijo Mae resignadamente.

—Eso sería robarle, señora.

—Tómelo... Pat dice que se lo lleve.

Ella empujó el pan envuelto a través del mostrador. El hombre extrajo una honda bolsita de cuero del bolsillo de atrás, desató los cordones y abrió. Estaba pesada de monedas de plata y gra-sientos billetes.

—Parecerá extraña tanta tacañería—se disculpó.— Pero tenemos que hacer mil millas y no sabemos si nos alcanzará.

Hurgó en la bolsita con el índice, localizó una moneda de diez y la sacó. Cuando la dejó en el mostrador cayó una de cinco con ella. Se aprestaba a guardarla otra vez en la bolsita, cuando sus ojos tropezaron con los niños petrificados ante la caja de caramelos. Se acercó a ellos lentamente, señaló los largos caramelos de menta.

—¿Estos caramelos son de cinco céntimos, señora?

Mae se acercó y miró.

—Cuáles?

—Esos, los rayados.

Los pequeños alzaron sus ojos hasta el rostro de ella y retuvieron la respiración; sus bocas se mostraban semiabiertas, sus cuerpecitos medio desnudos, rígidos.

—¡Oh... ésos! Bien, no... Esos, dos por cinco céntimos.

—Entonces, déme dos, señora.

Colocó con delicadeza la moneda de cobre encima del mostrador. Los niños soltaron suavemente su contenida respiración. Mae les tendió las varas de caramelos.

—Cogedlos—dijo el hombre.

Se acercaron tímidamente; tomaron cada uno un caramelo y bajaron el brazo, manteniéndolo a su costado, sin siquiera mirarlo. Pero se miraban uno a otro y sus labios se distendían con rigidez en una embarazosa sonrisa.

—Gracias, señora.

El hombre recogió el pan y salió, seguido de los niños, que marchaban tiesos, sosteniendo firmemente los caramelos contra las piernas. Saltaron como ardillas al asiento delantero, de allí hasta encima de la carga y también, como ardillas en su madriguera, se perdieron de vista entre los bultos.

El hombre subió e hizo arrancar el coche; y con su ruidoso motor y una nube de áspero humo azul, el viejo Nash trepó por la carretera y continuó su marcha hacia el Oeste.

Desde el interior del restorán, Mae, Pat y los conductores continuaban mirándolos.

Big Bill se encogió de hombros.

—No había caramelos de dos por un céntimo—dijo.

—¿Y a tí que te importa?—replicó Mae con fiereza.

—Eran caramelos de cinco céntimos cada uno—dijo Bill.

—Tenemos que seguir—dijo el otro hombre.— Estamos perdiendo el tiempo.

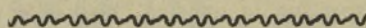
Buscaron en sus bolsillos. Bill puso una moneda en el mostrador, el otro la miró, buscó a su vez y dejó otra moneda. Volvieron la espalda y se dirigieron a la puerta.

—Hasta la vista—dijo Bill.

—¡Eh!—llamó Mae—. Un momento, que voy a devolver el cambio.

—¡Vete al infierno!—dijo Bill. Y dió un portazo.

John STEINBECK



LOS MEDIOS Y LOS FINES



CUANDO los futuros historiadores se decidan a hacer el análisis de nuestra época, tendrán seguramente ya aclarado el resultado de uno de los más arduos problemas. Estriba éste en la primacía o subordinación de los fines a los medios. La humanidad, a través de gran trecho de su historia, gira alrededor de esta fórmula tan simple en apariencia. Todas sus inquietudes y luchas, en la caverna, en la tribu y en los conglomerados sociales, se concretizan en un trascendental dilema. Ni las mismas corrientes llamadas reaccionarias consienten en renunciar a una finalidad, bien que subordinándola a ciertos medios más o menos antipáticos, contradictorios, cínicos o brutales. El otro término del dilema es el empeño de dejar incólumnes las finalidades, el que repudia cuantos medios de realización pueden, de lejos o de cerca, contrariarlas. Ambas fórmulas se producen, accionan o influyen con más o menos fuerza, y marcan su huella en los acontecimientos. Sus resultados definitivos, supremos, al abrigo de toda discusión posible, forman la gran incógnita. Lo único a constatar en el presente es un mayor influjo y afianzamiento del principio maquiavélico, que es el de la primacía de los medios, cualesquiera, sobre las finalidades.

No faltan explicaciones que atribuyan el predominio de esta corriente al retroceso de las ideas religiosas. Para ciertos exégetas, la educación religiosa es el contrafuerte por excelencia de todo principio moral, y ésta, la moral, el antagonista número uno de la táctica sinuosa, característica del maquiavelismo. Si entendemos por religión lo representado por los sacerdotes, ritos y templos, llegaremos fácilmente a la conclusión de que aquella nada tiene que ver con la moral. La religión practicante fué una de las primeras en asimilarse el principio maquiavelista. Toda su historia es un aterrizaje en la pista temporal. Todos los medios eran buenos para los obispos que aspiraban, como finalidad suprema, al trono de dios en la tierra. La zancadilla, el puñal y el veneno, fueron los medios favoritos para instalarse en la silla papal. Cuando tratábase de hacer prevalecer su propia fe sobre las creencias de otras religiones, sobre aquellas que habían implantado sus iglesias en el corazón de Asia, y que forzaban las posiciones de la fe católica en la Europa meridional, tampoco prevaleció entre los sacerdotes y feligreses romanos la sola confianza en la fe misma. Fueron los obispos romanos quienes movilizaron a los cruzados de la Edad Media contra los mahometanos instalados en el cercano Oriente y en España. En este país, dos poderosos ejércitos religiosos, el de la cruz y el de la media luna, anduvieron trabados en una guerra de cerca de ocho siglos de duración. Tampoco anduvieron con remilgos los soldados del papado al producirse en el corazón de Europa el llamado Renacimiento, que no lo fue solamente de las artes y las letras, sino que también de la revisión de los dogmas.

Solo en España ha perdurado con bastante nitidez la lucha por un principio, inspirada en el principio mismo. Solo en este país ha pervivido el sentido intrínseco de un principio moral independiente de toda consideración en orden a

resultados y procedimientos. Este principio toma en la historia los más variados caracteres y denominaciones: religión, honor, patriotismo y mística revolucionaria. Todos los demás pueblos se reclaman a menudo de la religión, del honor y del patriotismo. Pero no tienen allí el mismo sentido místico de consecuencia moral a un principio. Sólo el espíritu ibérico es capaz de jugarlo todo, de sacrificarlo todo, incluso el resultado práctico—accesible por juego de la moderación—, en aras de la intangibilidad del factor moral. El estudio psicológico de lo español e histórico de España nos da abundantes pruebas de este *jugarlo todo*, a una carta que contiene los triunfos abstractos, espirituales o místicos, de un principio moral, erróneo o atinado éste. España, tan feraz en contiendas civiles, tan polarizados y antagónicos sus elementos étnicos y sociales, ofrece siempre, en todas las coyunturas históricas, el mismo resultado. Lope de Vega y Calderón han sido los grandes investigadores de este complejo español en el plano de la vida individual y costumbrista; otros escritores, entre ellos Galdós, lo han estudiado en el plano de las relaciones o conflictos con otras razas o pueblos. La leyenda de Guzmán el Bueno, la epopeya de Numancia, las tribulaciones del alcalde de Zalamea, los vecinos de Fuenteovejuna, los almirantes de la Invencible y de la escuadra combinada, los levantiscos del 2 de mayo y la heroica generación de 1936, hablan muy fuerte y bien alto de este complejo español—tan dado a reirse de los resultados inmediatos, de los fatalismos de la supuesta superioridad del adversario—y de la puesta en primer plano de un principio místico de una especie de fe en el dogma moral.

Ello ha causado siempre un hondo estupor en los críticos e historiadores de todos los tiempos. El español no lucha siempre por una causa reivindicable, por una causa justa en el sentido matemático de la palabra. Unas veces se hace paladín de un dios sanguinario y otras de un monarca de sangre extranjera y de espíritu todavía más extranjero o extraño a las reacciones y móviles del alma española. Otras veces arremete implacablemente contra sí mismo en la persona de otros sectores o corrientes del mismo pueblo, raza y espíritu. Pero hay en el fondo la misma preocupación ideal, sin interferencias de cálculo maquiavélico. En nombre de la patria, de la religión, de la honra, de la amistad, de la fidelidad conyugal y de los principios y programas políticos, hemos cometido atrocidades sin cuenta. Pero hay siempre en el fondo ese móvil de consecuencia a un principio abstracto, existe en el fondo un hábito de romanticismo, un desinterés espontáneo con asiento en los sentimientos, en las pasiones, más que en la tesis y en los planes estratégicos más o menos calculados.

Este principio tiene su configuración propia dentro de la variedad geográfica, en la clase y en la casta. Unas veces se llama independencia, otras, separatismo, otras, unidad nacional, otras, clericalismo y anticlericalismo, otras, federalismo o centralismo, otras, aun, aspiración revolucionaria o regreso a la tradición. Pero por encima de esta gama de coloridos existe el mismo ardor, la misma intransigencia irreductible, la misma claridad franca, muchas veces brutal, y siempre

confesada, olímpicamente ostensible, de un móvil romántico con arraigo en el corazón. Siempre el mismo desprecio por los resultados inmediatos, cualesquiera que fueren, la satisfacción de lo que se cree un deber, el Deber mismo, por encima de todo, contra todo y contra todos.

La propia historia política de los españoles, lo que se llama desgobierno de nuestros gobiernos, o incompetencia política de nuestros políticos más que a la dicha incompetencia hay que achacarla a la saturación anárquica, valga decir idealista, de todos los elementos manifestantes. Ello da una impresión de vértigo, de caos, de contrasentido al observador extranjero. Muchos de nuestros propios analistas han querido renegar de lo propio que llevaban en la sangre. Aludimos a ciertos intelectuales de cierta generación y a cierta afición de mirarnos a través de ojos ajenos. Tenemos en la colección un poco de cada especie; los afrancesados, los anglicanos y los germanizados. Los primeros hicieron coro a la frase clásica de que «Africa empieza en los Pirineos». Los terceros son los más insoportables. Pretendieron, con patente menosprecio hacia todo lo nativo, amarrarnos, moral e intelectualmente, al potro de una disciplina cuartelaria. Quisieron *vertebrar* a España rompiéndole por el eje la columna vertebral. Los filósofos germanizados copiaron un léxico faragoso, de cemento armado, para catequizarnos. La ofensiva llevaba consigo su propia contrapartida. Nadie fué capaz de deletrear esas soflamas en idioma sánscrito, y sus teorías nutrieron solamente los círculos de la pedantería. En vez de profundizar en el corazón de nuestro pueblo, en lugar de forzarse en captar la evidencia de ese principio que une a la mayoría de los españoles en el sentimiento trágico—erróneamente vituperado—y en el concepto romántico de la vida, se esforzaron por ofrecernos modelos inasimilables que eran, además, aberrantes. La aberración fundamental consistía en la propia calificación modélica de esos patrones a cuya echura se nos quería cortar. Hemos visto ya lo que han dado de sí esos patrones en los propios pueblos de origen, y en otros pueblos donde consiguieron imponerse.

Los doctores germanizados incurrieron en el crasísimo error de atacarnos precisamente por el lado intocable de

nuestro problema. Por el principio en sí de nuestro sentimiento trágico y de nuestra propensión romántica. Se no podrá discutir la aplicación que damos en la vida práctica a estos principios, que más que principio, en el sentido que presiente el alambique y la reflexión metódica, son una emanación de nuestro temperamento y espíritu. Lo intocable es precisamente esa emanación coincidente. Vertebrar sería en este sentido, una trascendental empresa. A ello llamamos nosotros *federar*. Uniformar sería ya de por sí un empeño loco, irrealizable. Con mayor motivo la pretensión a que apuntan los dómines germanizados, quienes persiguen destruir en ciernes la más preciosa reliquia de nuestro carácter.

Repetimos que es esta una cuestión que lleva aparejado uno de los dilemas del porvenir y del pasado. Desde que el mundo es mundo, se han ido manifestando, con variaciones infinitas, estas dos tendencias del espíritu humano. Los modernos Estados imperialistas se han inclinado por la tesis del cinismo maquiavélico. Pueblos de arraigadas tradiciones liberales, tales como los ingleses y norteamericanos, que cuentan con una galería de personalidades señeras que tremolaban al viento la primacía de los valores permanentes sobre todas las conquistas temporales o fugaces, se inclinan hoy por la hipocresía, por el cinismo y por la fuerza bruta. El resultado, por el momento, es una civilización frustrada, fría, meramente utilitaria y belicosa, sin sentimientos y sin aprehensión de la dignidad. Pero, repetimos, está todavía en juego el resultado definitivo, sobre el cual, honradamente, pretendemos anticiparnos. ¿Lograrán el cinismo y la brutalidad de circunstancias conducirnos al prometido puerto de nobleza y de la paz? ¿Se impondrá un retorno a los principios permanentes y a los valores eternos de la ética y de los sentimientos como única garantía de salvación?

Convencidos de ello trabajamos nosotros en este sentido. ¿Qué nos importan las actuales derrotas? Sólo por el camino de la libertad se llegará a la verdadera libertad. Los medios y los fines deben de corresponderse. Las victorias morales son las únicas fecundas y trascendentes.

José PEIRATS



III CERTAMEN SOCIALISTA

A TODOS LOS COMPAÑEROS ANARQUISTAS,
A TODAS LAS ORGANIZACIONES SOCIALISTAS
Y SINDICALISTAS REVOLUCIONARIAS DEL MUNDO



SIGUIENDO las trazas de nuestros antecesores, los compañeros que en las postrimerías del siglo XIX organizaron y celebraron los famosos Certámenes Socialistas de Reus (I) y Barcelona (II), sobre cuya base ideológica y táctica descansó y se desarrolló el sindicalismo libertario en España desde principios de siglo hasta el 19 de julio de 1936, los com-

ponentes de la Redacción de esta Revista, junto con otros compañeros que se han integrado a la Comisión organizadora del III Certamen Socialista, y todos juntos de acuerdo con el Secretario Intercontinental de la C.N.T. de España en el Exilio, hemos decidido convocar al mundo libertario y sindicalista y social revolucionario a este concurso de emulación en el bello y denso decir (en escritura), el tercero de la serie, mas el primero de la época, el cual consideramos está llamado a reactualizar y a vigorizar el anarquismo y el sindicalismo de acción directa en unos momentos en que el idealismo y el **tacticismo** de marcha atrás prevén **reformas y modificaciones** que, de tomar carta de naturaleza en nuestros respectivos movimientos, llevarían la confusión en el seno de los mismos al regresar en lugar de adelantar, al coterporizar y adaptarse en cierta manera a lo estatuido, en lugar de desasirse para dedicarse de lleno a la reedificación de la sociedad de los hombres sobre bases completamente nuevas.

Se abre, pues, mediante el III Certamen Socialista, la posibilidad de impulsar el acratismo en su concepción moral y filosófica determinada por los grandes pensadores y por el sesgo evolutivo de la especie. Se trata, asimismo, de producir, de acumular elemento polémico y de convicción adecuados a la época en que vivimos para evitar que la decadencia física que parece experimentar el anarquismo militante progrese, dejándolo, por el contrario, superado con creces.

La Humanidad camina por falsos derroteros capaces de conducirla, por medio de la tragedia, a la aniquilación, o al regreso a un absurdo y bestial primitivismo. Y buscará, en su desespero, su tabla de salvación que sólo hallará en la anarquía. Seamos oportunos e inteligentes, y podremos considerarnos dignos del Ideal que sustentamos y del porvenir humano.

A ello tiende nuestro III Certamen Socialista, a participar en el cual quedan invitados todos los anarquistas, todos los sindicalistas revolucionarios, todos los socialistas no políticos de no importa qué raza y país, ateniéndose a los siguientes

TEMAS

- I. Estudio filosófico sobre el anarquismo.
- II. Posición del anarquismo frente a la quiebra de la sociedad capitalista.
- III. Estudio sobre una economía libertaria basada en experiencias vividas y en modalidades aplicables al siglo XX.
- IV. Estudio sobre la ética y sus bases fundamentales de esencia anarquista.
- V. Estudio sobre la evolución y la revolución, interpretadas en sus valores anarquistas a través del desenvolvimiento histórico.
- VI. Posición del anarquismo frente a la psicosis belicista.
- VII. Concreción de un sindicalismo popular afin para contrarrestar los sindicatos políticos, amorfos y totalitarios, y para sentar una base positiva con vistas a la sociedad futura.
- VIII. Posición libertaria con respecto a la pedagogía moderna.
- IX. Cómo lograr una reacción de los pueblos contraria a las tendencias totalitarias, reformistas y religiosas.
- X. Concordancia entre la ciencia en su estado actual y el ideal anarquista.
- XI. ¿Se considera que pueden superarse algunos aspectos de las ideas anarquistas?
- XII. Una novela basada en la lucha social y revolucionaria española.
- XIII. Exposición de las características más relevantes del anarquismo.
- XIV. Utopía narrativa de un próximo mañana.
- XV. Experiencias libertarias en el seno de la vieja sociedad.
- XVI. Arte y anarquismo.
- XVII. ¿Cómo convertir en abundante la propaganda a desarrollar? Y ¿cómo introducirla en los pueblos más lejanos y llevarla a las regiones del mundo más atrasadas?
- XVIII. Captación libertaria de la juventud.
- XIX. Una obra teatral, comedia o drama, en tres actos, inspirada en la finalidad libertaria.
- XX. Seis cuentos breves de inspiración anarquista.

BASES QUE SE ESTABLECEN PARA CONCURRIR AL CERTAMEN

- Primera. El concurrente no aspirará a otro premio que la publicación de su trabajo en el libro que se editará (en francés y en español, si los medios económicos lo permiten), conteniendo exclusivamente los trabajos seleccionados por el Jurado.
- Segunda. La tarea de constituir el Jurado, a base

MORALIDADES ACTUALES

LO VIEJO Y LO NUEVO



O todos los argumentos de los que defienden el pasado merecen nuestra estima. Hay quien venera lo viejo porque de lo viejo vive, a semejanza de esos gusanos que roen madera descompuesta y papel de archivo. Cuanto más antigua es una ley, una costumbre, una teoría o un dogma, se les respeta más. Habiéndolos contemplado en la lontananza de los siglos que fueron, se los vislumbra en la de los futuros como una provisión inagotable que podrán roer las generaciones conservadoras.

Y, sin embargo, ¡qué pobre argumento el de la ancianidad de las ideas! Es difícil no sonreír cuando se abre un código y se lee al pie de la página la sesuda nota en la que el comentarista fundamenta un artículo. «Este artículo es casi sagrado—murmura el infeliz—; nos viene de las Partidas, de los Romanos». ¡Ah, los Romanos sobre todo! Pero la humanidad cambia, inventa, sueña, y por lo común, cuanto más vieja es una cosa, más inútil es. Lo viejo es un resto de lo bárbaro. Es un vestigio del mal, porque el mal es lo que dejamos a nuestras espaldas. Ciertamente que las leyes que nos encadenan son romanas aún, lo que me parece escandaloso después de dos mil años; felizmente nuestra física y nuestra biología no son las de Roma, son las nuestras.

Muchas inmemoriales construcciones deben su duración a su divorcio mismo con lo real. No son ni siquiera obstáculos. Las corrientes de la vida se han acostumbrado a rodearlas para pasar adelante, y pasan en graciosa curva sin tocarlas ya. No es obediencia, es olvido. ¿Quién hoy, por muy Papa y muy obispo que sea, ha dedicado media hora a meditar seriamente en el problema de la Santísima Trinidad? Y no obstante, a causa de él se han dado de puñaladas por las calles. ¡Oh, armatostes apollillados, erguidos en medio de la distracción universal! Un buen día el pensador os ve, se ríe y os derriba de un soplo. Bastó un irritable sacudir de hombros para que el pueblo francés volcara el trono más glorioso de Europa. Mañana bastará un gesto para barrer del mundo las sobras romanas. La inmutabilidad no es signo de fuerza, sino de muerte. Hay entre

de compañeros competentes, será confiada a la organización internacional C.R.I.A.

Tercera. Los escritos serán enviados bajo sobre, sin ponerles firma, pero mencionando un lema. En otro sobre cerrado, que se añadirá al envío, constará: en el exterior el lema, en el interior el nombre y la dirección del autor.

Cuarta. A partir de las 24 horas del 31 de diciembre de 1952, no será admitida ninguna otra aportación al III Certamen Socialista.

Quinta. La Comisión organizadora se compromete a disponer una fiesta para celebrar el previsto buen resultado del Certamen que en este llamamiento se propone, y

Sexta. Los escritos deberán ser enviados (preferentemente en francés), a nombre de Juan Ferrer, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne), France.

La Comisión organizadora: **Federica Montseny**, **José Peirats**, **Evelio G. Fontaura** (Secretario de Cultura y Propaganda del S. I.), **Ricardo Mejías Peña** y **Juan Ferrer**.

Toulouse, marzo, 1952.

nosotros ídolos enormes que no son sino cadáveres de pie, momias que una mirada reduce a polvo.

Otros adversarios, delicados amantes de las ruinas, nos dicen: «¡Qué ingratos sois con los muertos! Sois hijos y herederos de los muertos; cuanto tenéis era suyo. Vuestro pensamiento y vuestro idioma, vuestras riquezas y vuestros amores, todo os lo legó el pasado. Y volvéis contra el pasado de que está hecha vuestra sangre y hecho vuestro espíritu, las armas que habéis recogido de las tumbas. Os suicidáis cortando vuestras propias raíces».

Pues bien, ¡no! No somos solamente hijos del pasado. No somos una consecuencia, un residuo de ayer. Antes que efecto somos causa, y me rebelo contra ese mezquino determinismo que obliga al Universo a repetirse eternamente, idéntico bajo sus máscaras sucesivas. No; el pasado se enterró para siempre en nosotros mismos. Decid que es quizá limitada la materia disponible, que fabricamos el ánfora nueva con el viejo barro, que para cuajar mis huesos tomaron las cenizas de mi padre. Decid que la Naturaleza, en su noble afán de hacerla más hermosa, funde y torna a fundir infatigablemente el bronce de la estatua. ¡Pero qué importa la materia! La forma, el alma, es lo que importa. Sobre el pasado está el presente. Todo es nuevo; nueva la alegría de los niños, nueva la emoción de los enamorados, nuevo el sol de cada aurora, nueva la noche a cada ocaso, y al morir nuestra angustia no será la de nuestros antepasados sino un nuevo drama a las orillas de un nuevo abismo. No digáis que el hijo reproduce al padre. No pronunciéis esta frase cruel y necia: «nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes». Blasfemia profunda la que hace de la humanidad espectros y no hombres. No somos el pasado sino el presente, creador de lo que no existió nunca. No somos el recuerdo; somos la esperanza.

PSICOLOGIA DEL PERIODISMO

«Estás a punto de fundar un gran diario, y me pides consejo. Como no tengo mayor experiencia personal en este negocio, te aconsejaré con entera libertad de ánimo; por otra parte me tranquiliza el saber que los consejos no se siguen nunca. Empiezo, pues. Un diario vive del número; si se aparta de lo vulgar está perdido. Te conozco: eres un desdén, un difícil, un artista, y me replicarás: «no voy a servir, sino a iniciar; no quiero halagar al público sino educarlo». Educaciones costosas. Además, para educar un público hay que comenzar por tenerlo, y para tenerlo hay que halagarlo. ¿O es que te resignas a ser el único suscriptor? Un gran diario, es decir, un diario con un gran público, es un partido; cada moneda representa un voto. No se trata de electores que dan su voto y dinero encima: ninguna política consigue tanto: gracias que a cambio de dinero se obtenga el voto, y eso a fuerza de elocuencia republicana. Claro que diario político es diario de una minoría, y lo mismo si es científico, o literario, o religioso. Una tendencia moral o intelectual definida disminuirá inmediatamente el tiraje.

La democracia—o sea el desmenzamiento humano—hecho posibles los grandes públicos. Es menester que lean los negros sin ortografía y los esclavos que aprendieron a leer; el patricio y su lacayo, la niña sentimental y la cocotte de seda o de algodón; el poeta y el croupier, el médico y el jockey, el ministro y el vendedor de verduras, el cura y el apache, madame de Stael y su portero, y Mr.

lière y su criada; el presidente y el reo en capilla; y Deibler y hasta tus compañeros en la prensa. Un gran diario debe ser caótico. Busca un interés común a los infinitos «cualquiera», un interés que los obligue por una hora, por media, por diez minutos, según las dimensiones del oasis de ociosidad cotidiana, a contemplar tu hoja. Cuando el tiempo es dulce, y no hay energías suficientes para pasear, la gente se asoma a los balcones. Toda la familia: los nenes miran los caballos, la casadera mira los mozos de zapatos de charol, el estudiante las caderas redondas, la mamá los somberos femeninos, la suegra los inconvenientes del tráfico, el abuelo, con sus ojos turbios, el río humano que pasa, y la sirvienta, fregados los platos, mirará también algo por su ventanillo. Y si dos borrachos riñen y se pegan o se acuchillan, ¡qué suerte para los del balcón! He ahí tu público. Has de ser un balcón, y tu diario la calle universal.

El periodismo es la síntesis y el comercio de la curiosidad. Pero mientras la curiosidad del pensamiento y del bien es rara, la curiosidad del hecho es general porque es instintiva. Lo indispensable es el hecho. Del hecho parten el sabio, el esteta y el moralista que desprecian la prensa, y con el hecho se contenta la enorme mayoría cuya sola cultura es la prensa, y que no va más allá de la sensación y de la imagen corriente. Un gran diario no ha de encerrar sino hechos, o que parezcan tales. La esencia del periodismo es dramática. El periodista auténtico oculta lo suyo, y revela el ajeno; reúne en sí las vibraciones dispersas y las transmite; semejante al cómico, desaparece bajo la realidad que nos transfiere. Cargado de tesoros incesantemente renovados, su misión es repartirlos ilesos entre nosotros, y su ideal se reduce a la rapidez y la exactitud. El periodista es el buzo de los hechos. Su carrera es una de las formas modernas del heroísmo, y las kodacs enfocadas por los reporteros en plena batalla, en la guerra, son más eficaces hoy que las ametralladoras. No tengas otro programa que presentar el máximo de hechos recientes y distintos. Preséntalos con simplicidad; no te olvides que tu lector es simple—por lo menos en tanto que te lee—. Huye de toda elevación. Elevar fatiga, y tu público es débil de cascos. No soporta sino el desfile de los hechos brutos; su afición se detiene en lo pintoresco; su delicia es la verdad en folletín. De ahí la importancia desmesurada del deporte y de los crímenes. Atiende tú, en tus informaciones, antes al último estupro que a la última conferencia; en tus crónicas literarias no salgas de lo anecdótico; describe sobriamente las teorías y minuciosamente los escándalos; no publiques los versos del genio ignorado si no se suicidó aún. El vago afán de lo nuevo y la cobarde pereza engendraron la moda. Sea tu periódico una vasta moda que muere y renace cada mañana.

La caza de los hechos... la cartera, morral de noticias ensangrentadas, calientes todavía... Elige empleados de modesta inteligencia, de memoria fiel, de buenas relaciones, y sobre todo de piernas ágiles. Aprovecha las maravillas de la industria para enterarte pronto. La gloria de Blowitz era «tener un hilo». Apodérate de los hilos secretos. Entonces, en premio al estremecimiento periódico y fugaz que sentirán a la vez, por mediación tuya, miles de seres aburridos, gozarás de una incalculable potencia. Serás el instrumento del reclamo, la encrucijada fatal de las combinaciones financieras y políticas. Serás, ¡oh colector!, el árbitro invisible, el que manipula esa montaña de granos de arena, ese mar de gotas, esa totalidad de nadas; la opinión pública, y si así lo quieres, te enriquecerás tanto con tu palabra como con tu silencio. ¡Bello destino! Pero, ¿eres digno de él? ¡Ay! Te conozco... Tienes demasiadas ideas... El periodista es un hombre de acción: menos libros, pues, y más gimnasia!

EL ESFUERZO

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crispas nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte

ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a las esperanzas? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarra.

Poner pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he ahí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, ¡qué nos importan los martirios de la jornada! Qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza: ¡No me creaste en vano!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: «Soy una herramienta». Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero. Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra substancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros. Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el anquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas que en nosotros se levantan, caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos a dónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

Rafael BARRETT

EL ANARQUISTA ANTE LA SOCIEDAD Y ANTE SI MISMO

¿Dices que la sociedad es defectuosa?
Ahi estás tu para corregirla.

Anselmo LORENZO.



ABIO precepto que exige, para su aplicación, una seria garantía: la previa eliminación de defectos, ancestrales o burgueses, en la persona que se propone corregir lo anormal en lo colectivo. Si el individuo está afectado de aquello mismo que recrimina a la sociedad, difícilmente podrá ser aceptado como regenerador de un mal común al que por contribución personal no es ajeno.

Precisa imponerse, antes de emprender por la vía de la regeneración de los demás, que más importa ejemplaridad de conducta que vocerío y gesticulación. Si la palabra y el comportamiento se abofetean o contradicen, la eficacia demostrativa será nula. Inversamente, la labor del proselitista será provechosa cuanto más refleje limpidez de conducta.

No basta producirse en elemento airado para conseguir crédito de adalid de la revolución. Precisa antes la posesión de un criterio firme, de un *por qué* de nuestra razón de ser como subversivos. No hay que ignorar que *construir*, en términos libertarios es la secuela obligada de *destruir*. La furia aniquiladora, sin garantía reconstructiva, alarma con razón a las gentes, ya que el descontento sistemático tanto puede venir de lo irreflexivo como de lo ictericio. *Revolucionarios sí, voceros de la revolución no*, pudo decir el maestro Ricardo Mella. Y es aquí que hay que centrar el problema, o que fijar la atención, al efecto de conseguir verdaderos revolucionarios (precipitadores de la evolución), de individualidades que conozcan el valor moral y físico de la entidad humana y la estimen en su libertad y dignidad intrínsecas, sin peros que regateen la integridad de tan apetecibles atributos.

Ser y no decirse, demostrar y no mostrarse, servir a una causa en claridad de consciencia. He aquí lo que cuenta, lo que gana adeptos para la libre asociación que entrevemos.

NO ES PEQUEÑA CAUSA LA QUE ORIGINA GRAVES DEFECTOS

CUANDO el idealista ácrata a solas con su conciencia planea el mapa social del porvenir, suele asustarse al considerar el atraso moral de los pueblos para desarrollarse, de golpe y porrazo, en régimen de libertad absoluta. Si fuese factible resolver tan árduo problema rompiéndose la crisma o rompiéndose la al vecino considerado enemigo, podríamos desafiar la suerte con la misma moral del militar—Juan Prim—que gritara, en el fragor de la batalla, *o faja o caja*. Mas nosotros, empeñados en servir a la humanidad en lugar de desear perjudicarla; comprometidos a dignificarla en vez de preferirla embrutecida, no podemos seguir el camino de los estrictamente impulsivos, puesto que si a la fuerza animal en ciertos momentos la cerrazón reaccionaria puede convertirla en elemento preciso, en lo esencial lo que nos vale y justifica es el criterio elaborado, la razón demostrada, lo lógica conseguida. Empeñarse en minimizar la función del

cerebro para dar indebido realce a los biceps, será muy moderno, muy deportivo; pero no tendrá otra importancia que justificar la ley del más fuerte, situar lo imperioso e irresistible por encima del derecho humano. Por instinto de conservación y superación colectivo, la razón autoritaria, el método coercitivo, no deben primar ante todo en los medios libertarios, so pena de contagiarlos de la sífilis estatal que mata por la entraña a la vieja sociedad. Firme deseo ha de ser la obtención del hombre libre para situarlo en la sociedad libre, una hermosa realización social imposible de conseguir si el prejuicio autoritario se nos pega a la sangre de una u otra manera.

Si los pueblos del mañana han de entenderse por vía de la comprensión y de la armonía, justo sería ensayar, desde ahora, el sistema de agradable convivencia desterrando el vicio burgués del voto, discutiendo para entenderse, aborreciendo la idea fija, el *parti pris*, la intransigencia; contribuir al acierto común y decidir por unanimidad tras examen de cuestiones y pareceres.

Vicio nefasto el de los sectores políticos de proceder de arriba abajo, por tamborización de los partidarios y por marrullerías. Práctica noble la de los libertarios cuando se entregan a la difusión y práctica del libre acuerdo. Si por error en nuestro campo se prescindiera de esta grandiosa conquista moral, a la anarquía se le rendiría el peor de los servicios. Anarquistas y semiautoritarios, imposible. Ser o no ser. El vicio ordenancista hay que destruirlo en germen, o ahuyentarlo de nuestra psiquis si es que en ella poco a poco se ha infiltrado. Que libres del morbo autoritario, sacudidos de un amor propio mal concebido, mil hombres, cien mil hombres, puedan entenderse y resolver con toda facilidad los problemas colectivos que se le presenten, ya sean sencillos, ya sean complicados.

EL HOMBRE «MODERNO» ESTA POR DEBAJO DEL TABACO, DEL ALCOHOL Y DEL AMOR MONETIZADO

NO se ataca aquí al derecho consubstancial a la persona, no se ofende al individuo. Se menciona, la carencia de respeto de uno para consigo mismo y a veces para con los demás. Bien se nos ocurre que esa moral que exhumamos puede ser cosa de tatarabuelos, o beneficio *desdeñable* porque viene de lejos. Cierzo, la modernidad puede reirse de Platón, de Cervantes, e incluso de Mariano de Cavia, puesto que no acertaron a usar lápiz «Bille». Pero con «Bille» o sin él, el daño *moderno* viene también de antiguo, quedando, por tanto, los vicios añejos, en un plano de vergonzosa actualidad que ninguna sonrisilla ni mohín de suficiente dará por desmentida. Si la sociedad conserva sus defectos, caro Lorenzo, es porque los hombres permanecen defectuosos en individuo y en sociedad. Y si quienes nos proponemos redimir todo *eso*, tan inmenso, degenerado y complicado, nos colocáramos al nivel del vulgo en lugar de superarlo; si una humilde hierba llamada *tabaco*, y una composición líquida inorgánica llamada *alcohol*, y un morbosos deseo de coito *sea como sea*, nos dominaran empobreciéndonos moral y sangre, ¿cuál sería el ejemplo y cual la garantía de superación que podríamos ofrecer a los públicos que tratamos de ganar para nuestra causa?

Reflejemos: *El tabaco es una distracción inocente, que a nadie perjudica sin abuso. Es, también, un recreo de los sentidos, una inspiración de humo en espiral.* Es la víctima que trata de engañarse, conocedora de los peligros de la nicotina. El uso y abuso del tabaco puede determinar afecciones pulmonares, bronquiales y en la dentadura; infecta ambientes de reunión en humo y salivazos. Contra la salud y la independencia del individuo, indicadísima está la hierba tabaco, réplica del indio americano contra la penetración de la cruz en sus tierras y de la espada *civilizadora* en sus entrañas. Prueba la irracionalidad del tabaco el esfuerzo considerable que hay que hacer para que el cigarro permanezca en los labios sin repulsa de los sentidos.

Pero, con ser importante todo esto, hay algo que lo es tanto en otro aspecto: el del trabajo, al cual la industria tabaquera sobrecarga. Háse convenido en que el productor ha de reducir horarios para eludir la fatiga corporal que lo lleva prematuramente al sepulcro. Y en que la sociedad debe obtener un máximo con un trabajo mínimo. Todo ello es conseguible incrementando el maquinismo, si, pero también suprimiendo a rajatabla los trabajos y ocupaciones onerosos. Sin el vicio tabaquista el hombre queda tan campante; no así con falta de pan. Procédase, pues, al corte de toda operación tabaquista, y automáticamente, con el ingreso de un personal y de un utillaje a las actividades útiles, se le consigue la reducción de un cuarto de hora al conjunto diario laboral. Aumentar las necesidades de la especie con aportaciones parasitarias y nocivas es contribuir al desarreglo de todo y a mantener en baja forma el estado social.

Mala cosa también la bebida espirituosa. Tampoco ella es nociva a pequeñas dosis. El consuelo de siempre. Pero la criatura humana es maleable por el *gusto*, y al vicio—exacerbación peligrosa de los sentidos—se le sigue considerando gusto. Gusto por el suicidio lento, gusto *individual* que, por ley de herencia, sanguínea, degenera lenta, pero seguramente, a la colectividad. Un vaso de licor diario distrae al hombre, y dos lo derriban. ¿Qué moral se le concede al beodo? Ninguna. A veces queda como un guiñapo y a veces agrede. En disputa que busca, tiene el insulto y la pistola fáciles, y la consecuencia de esto, el crimen, crea un grave problema para la sociedad a que anhelamos sin cárceles y, en consecuencia, sin violencias. La frase que reza *supriman la pena de muerte los señores asesinos*, es canalla cuando trata de justificar las aberraciones de la ley; pero no del todo desdenable en una sociedad regida por el mutuo acuerdo en la libertad y el derecho de todos. Eliminar la judicatura si; pero no para dejar las cosas en el estado de absurdidad que las habrá dejado el capitalismo en su quiebra que anhelamos definitiva.

El problema que presenta la ingestión de bebidas alcohólicas es de los más arduos que habrá de enfrentar la revolución, dado que una buena parte de revolucionarios consideran lícito e indiscutible el consumo de esos caldos frebicitantes. Los climas fríos, los trabajos duros, las fiestas íntimas, las penas familiares, los amores burlados, y otros argumentos de tango, más o menos, se nos aducen. Pero en clima frío no nacen criaturas del trópico, los trabajos duros van a ser eliminados (amén de que abstemio y faquin puede serlo

una misma persona), las expansiones cordiales sin vino son superiores y las penas se aminoran y suprimen mediante el remedio del valor y el elixir del tiempo. No queda plaza, pues, para el vicio del alcohol por no ser agente de salubridad ni de alegría, bien, este último, que se encuentra en el regazo de la naturaleza, en el celo de la madre, en el beso de la novia, en la caricia del hijo, en la plácida reunión de amigos, en la querencia del semejante, en la satisfacción normal de las necesidades, en la libertad presente. Nunca la felicidad del hombre ha residido en el fondo maculado de la copa tabernera.

Por la vergüenza y el daño que supone, tampoco la prostitución nos deja indiferentes, aunque tiempo o interés pareció faltarnos durante la revolución degenerada en guerra que en 1936 hicimos triunfar en parte de España. Y sin embargo, hay que poner empeño en librar al pueblo de esta lacra que tanto lo castiga y afea. La prostitución de su hija no la concebirá el padre que no vacilará en mancillar a la hija de otro padre, dándose por recobrado pagándola con unas pesetas. Que los padres siempre se hacen ilusiones con sus hijas, en lo tocante a su felicidad; pero raramente intuyen que si la prostitución es necesaria por esto o aquello, sus hijas también podrían servir de rameras. Tanto mejor que les resultara odiosa la idea; así se acreditaría, una vez más, que sin *mujeres públicas* el mundo podría pasárselo perfectamente.

Toda forma social que tolere la existencia de mujeres vendibles, o subastadoras de su cuerpo, falla en firmeza moral y en espíritu de justicia. La presencia y la utilización de prostitutas denigra a la especie, lo que no es una frase más, sino un agravio a la revolución (si prostíbulo quedara tras ella) y un alejamiento práctico de la vida digna, libre y feliz que se espera de la realización anarquista. Humanamente, nadie puede ser objeto de encenegamiento, de especulación y muerte para saciar deseos innobles cuando el amor haya recobrado su verdadero sentido, y discutibles cuando las cosas permanecen cual están. Debe entrar en la comprensión de todos que una mujer prostituida es una vida sin objetivo y prontamente gastada, un feo a la dignidad humana, un tumor maligno, un foco propagador de las sífilis social y sanguínea. No hay estima ni sombra de poesía en el contacto con la mujer que vende sus caricias, sino mentira, enfermedad y vicio.

Por la fuerza de la costumbre, se acepta mucho y malo en nuestros días, pululados por gentíos desenfadados, y tan cursis e infelices no obstante. Y es así como podemos presenciar el paso—torpe y vacilante paso—del *ente moderno*, de ese que presume ideas viejas sin darse cuenta, y viejos errores y tradicionales anomalías. Humo, licores, mujeres, tragancia, naipes. Lo malo de antaño continuado en el presente, a título de *viva la vida* equivalente al *viva la Virgen* de los castizos. ¿Toros, deportes, cabareterías y mil otras insubstancialidades? Frívolo, burgués, negativo; en libertario no se puede ser así. Hay algo elevado y puro que nos distingue, que nos valoriza, y que puede ser motivo de grandes posibilidades: la moral anarquista, limpia de manchas y de oscuras derivaciones.

Juan FERRER

LAS LETRAS INGLESAS

LA LITERATURA PREDILECTA DEL PUEBLO BRITANICO



Este libro inglés tiene en las bibliotecas públicas, en las entidades culturales, en las agencias literarias de publicidad, en la prensa diaria y en todos los semanarios y revistas, un medio y portavoz de su valor documental o clásico con lo que editores y autores cifran sus mayores esperanzas. Antes de que la opinión general posibilite con su acogida los libros, la proporción de publicaciones que los enjuician es considerable. En Inglaterra, como en otros países de alto nivel productivo, semanalmente, las revistas dedican varias páginas, y algunas su total contenido, a la crítica literaria. Los semanarios o quincenales más divulgados y con una tirada ascendente en cada edición, son precisamente aquellos que, con más esmero y más eficacia ilustrativa proporcionan a los lectores mayores detalles bibliográficos y mejores cuerpos de expertos, generalmente autores o profesores de historia o crítica literaria.

Entre las publicaciones más prestigiosas y cuyo crédito es la mejor garantía del público, de escritores y de editores, destacan notablemente «New Stateman and Nation», «Tribune», «The Economist», «The Spectator», «Time & Tide», que con «The Observer» y «The Times» forman el equipo de semanarios que, aparte de reseñar las noticias y los comentarios de la semana social, política, económica o artística de dentro y fuera del país, conceden un margen abundante a la crítica de libros.

Otro tanto puede decirse ocurre con «The Listener», «Forthnightly Review», «The Londoner», «19th Century», «World Review» y algunas otras revistas de contenido general más técnico y literario, aparte de aquellas otras que por su especialidad ofrece los comentarios de las obras que tratan los mismos problemas o cuestiones que la revista abarca.

Al margen de catálogos de editoriales y bibliotecas públicas y privadas, existen un porcentaje elevado de publicaciones dedicadas exclusivamente a la divulgación de libros, cuyo contenido dada la considerable producción literaria, facilita bastantes conocimientos sobre la materia al público inglés. Entre éstas, las de mayor acogida son: «Concurrent Literature», «British Book News», «The Bookman», «The Bookseller», «The Librarian» y «The Times Literary Supplement». Este suplemento ha conmemorado recientemente su 50 Aniversario y ocasionalmente, como en la edición conmemorativa, ha presentado un inmejorable número histórico, con variedad de temas literario-bibliográficos y comentarios del proceso general del pensamiento reflejado en el libro. La edición correspondiente al 24 de agosto del año pasado fué distribuida en Gran Bretaña y la comunidad británica, en los EE. UU. de América, en la U.R.S.S. y los países satélites, en España, Holanda, Italia, Francia, Amé-

rica del Sur y en otros países interesados en letras inglesas.

Habida cuenta del número tan considerable de autores y del progreso tanto técnico como bibliográfico en el transcurso de los años, cualquier examen o estudio sobre la predilección por parte del pueblo británico en torno a la literatura resultaría incompleta y no pasaría de ser arbitraria por mucho interés y conocimientos que en un análisis de esta índole quisiera hacerse. Si a ello agregamos que incluso los bibliográficos más expertos quedan sin poder hacerlo, cuando tratan de ofrecer una serie de volúmenes sobre este arte y esta ciencia, cualquier artículo de media docena de cuartillas queda, por su espacio, convertido en un lacónico compendio o apuntes, al mismo tiempo que se logra justificar.

Sin embargo, conviene aceptar como norma simple a este estudio, una década cuando menos de la producción literaria para sacar los resultados que nos demuestren, qué autores y qué temas son los más preferidos por el pueblo inglés, considerando empero, la imposibilidad de una exactitud, por las propias razones ya apuntadas.

Desde los orígenes de la imprenta, el año 1937 sobrepasó todas las estadísticas anteriores en la producción de obras en Inglaterra. El comienzo de esta mitad de siglo ha rebasado aquellas cantidades, calculándose que, solamente en la Isla, se han impreso 18.066 títulos de los cuales 4.938 fueron nuevas ediciones. Esta cantidad viene a demostrar un aumento en 1951, de cerca de 1.000 sobre las estadísticas del año 1950, cuya producción, como más abajo volveremos a insertar, era de 17.072 obras.

Las editoriales en este país han aportado desde la fecha señalada las cantidades siguientes:

1937....	17.137	1942....	7.241	1947....	13.046
1938....	16.219	1943....	6.705	1948....	14.686
1939....	14.904	1944....	6.781	1949....	17.034
1940....	11.053	1945....	6.747	1950....	17.072
1941....	7.581	1946....	11.411	1951....	18.066

Incuestionablemente que de cada título y con arreglo al interés despertado, han sido millares los ejemplares, puesto que difícilmente se han aventurado en ningún momento los editores ingleses, como ocurre con las editoriales de otros países, con una obra que no consiga cubrir los gastos de producción. En la actualidad, por ejemplo, existe un promedio de quince o veinte manuscritos rechazados diariamente por cada editorial importante, dado a que éstos no pasarían, a juicio de los expertos, de una impresión máxima de 2.000 ejemplares. Debido a esta circunstancia comercial en todos los tiempos, son numerosos los escritores que se mantienen en el anonimato y sobre los cuales, en muchas ocasiones, la situación que se les

crea es arbitraria, puesto que el público que es a la postre el supremo seleccionador del valor literario o crítico de una obra, la desconoce.

De las estadísticas anuales señaladas arriba, puede notarse el descenso en nuevas ediciones durante los años que cubrieron la pasada guerra mundial, en cuyas circunstancias, tanto los materiales como los hombres eran escasos para atender esta labor. En la inmensa mayoría de los libros publicados entre esos años figuran una advertencia declarando «que la producción está hecha con arreglo a la economía autorizada».

Al mismo tiempo que se han operado ascensos y descensos en las estadísticas más o menos exactas, se ha notado variaciones en el gusto literario de los lectores británicos. Por la diversidad, la novela que ha ocupado siempre el primer plano, ha disminuído el pasado año en cerca de 2.000 títulos, comparado con la producción en 1937. Las cifras alcanzaban por entonces la cantidad de 5.097, mientras que en el año 1951 superior en 200 títulos aproximadamente sobre la producción en este aspecto, del 1950, tan solo ha logrado 3.697. Ello no es óbice para que la novela conserve preferencia por parte del pueblo británico. Esta predilección sigue dando acogida a las modernas ediciones que aún se publican de los clásicos ingleses, cuyas plumas conservan el prestigio de que gozaron en el pasado siglo.

Desde el final de la pasada debacle mundial hasta el último año, la novela inglesa ha tenido la oportunidad de presentar nuevos valores y de vivificar autores a través de una mayor experiencia en las letras y en los propios problemas de la sociedad. Alex Comfort, por ejemplo, como señala P. H. Newy es «de los novelistas más impresionantes» de esta generación. Sus novelas «The Power House» escrita durante la ocupación francesa y cuando su autor solo contaba veinte y tres años, y «On This Side Nothing» son «la mejor evidencia de un sólido pensamiento que surge» entre los novelistas modernos. De entre los novelistas satíricos, los más leídos durante estos años son Evelyn Wagh, Aldous Huxley y George Orwell. Aún cuando la reputación de la inmensa mayoría de autores que se dedican a la publicación, no tan solo de novelas sino abarcando otras fases de la literatura, eran populares con anterioridad al año 1939, la post-guerra ha aumentado su prestigio. Pueden señalarse como escritores más leídos: Elizabeth Bowen, Somerset Maugham, Graham Greene, Ivy Compton-Burnett, Joyce Cary, Monica Dickens, H. G. Bates, C. S. Forster, Howard Clewes, V. S. Pritchett, William Samsom, Compton Mackenzie, J. B. Priestley y Henry Green, entre muchos más.

Siguen en orden de producción y predilección, los libros para niños u obras infantiles, algunas de las cuales se mantienen en el mercado desde el siglo XIX. R. L. Stevenson, Dickens, y otros, aparte de los autores contemporáneos E. Blyton, A. H. Milne, H. Grahame entre aquellos otros menos conocidos pero cuyas publicaciones tienen gran acogida. Esta, se mantiene en el mismo nivel que durante el año 1937, es decir, se han impreso 1.346 títulos como en la pre-guerra, cantidad que ha disminuído comparada con la producción del año 1950, que era de 1.543.

A estos textos siguen los libros sobre Educación, en donde pueden incluirse la Crítica Literaria, Arte y Ciencia. Durante 1937 se editaron 1.137, en 1950 vieron la luz 1.370, y las últimas cifras seña-

lan 1.559, es decir, las estadísticas de 1951. Generalmente los autores de esta clase de literatura son los profesores de Historia literaria de las distintas Universidades, tales como F. M. Tillard, Grierson, William Empson, y otros escritores de la talla de Herbert Read, Julian Huxley, Comfort, etc.

Ocupan un lugar preferente, en las letras inglesas, los textos sobre Teología, Religión y Filosofía. Esta literatura, entre cuyos autores destacan numerosos extranjeros traducidos al inglés, se cuenta con B. Russell, Dean Inge, C. H. Wood, etc. Los títulos nuevos sobre este tema todo y manteniéndose en buen nivel, ha descendido, puesto que durante 1937 se editaron 927, en 1950, 971, y en 1951 unos 930 aproximadamente. Descontando los clasificados como libros de carácter político, y cuyos autores, parte de aquellos que, como el profesor Laski y G. D. H. Cole, escribieron en este sentido, los señalados más arriba abarcaron algunos ambas fases, pueden citarse a Wells, Shaw y Russell entre ellos. La producción de estos últimos libros ha ascendido a 697 el último año de 1951, comparada con 710 el año 1950, y 633 durante el año 1937.

En proceso ascendente y muy nivelado en la actualidad con los libros anteriormente citados, lo viene consiguiendo la Poesía y el Drama. Al margen de mantenerse vivamente la poesía clásica y lírica de los últimos siglos, cuyos nombres de autores son imperecederos en la historia universal de la literatura, Inglaterra ha dado durante estos últimos años un buen plantel de figuras que seguirán marcando el curso de la poesía y el drama inglés durante muchos años. Entre los autores modernos cabe hacer mención a Walter de la Mare, C. Day Lewis, W. H. Auden, Stephen Spender, Rex Warner, Roy Campbell, T. S. Eliot, C. Fry, Alex Comfort y B. G. Shaw.

La literatura de carácter técnico, es decir, obras dedicadas al estudio de la mecánica e ingeniería, ha aumentado considerablemente, calculándose que en 1937 se editaron 322 obras. En 1950 se publicaron 648, o sea, más del doble y el último año ha alcanzado la cantidad de 877, lo que viene a demostrar el interés acentuado en estos libros a partir de estos años por parte del pueblo británico. Aún cuando estas obras ofrecen variedad en los textos debidos a las numerosas materias es notable el porcentaje de investigación que se desprende de estas estadísticas.

Con poca diferencia unos con otros, los temas subsiguientes forman el complemento de la literatura inglesa: Medicina y Cirugía, Sociología, Biografía (aun cuando este tema tiene buena aceptación y lo abarcan autores como H. Pearson, A. Maurois—éste traducido—, D. Cecil, P. Guedalla, Lytton Strachey y otros, no han logrado sobrepasar los niveles anteriores de la producción), Topografía, Deportes y Pasatiempos, Historia Natural, Botánica y Agricultura.

Conviene señalar, por último, el desinterés que se viene observando hacia las obras sobre Viajes y Aventuras. Generalmente, tanto dentro como fuera de este país, existe el criterio de que esta clase de literatura ocupa un lugar preferente por parte del público británico. Esta opinión, sobre todo la interna, se basa en la divulgación que parece tener un numeroso porcentaje de novelitas, muy deseados y codiciosamente absorbidos por una gran cantidad de lectores, pendientes de las incursiones y procesos de los temas impresionantes. Sin embargo, esta clase de literatura no consigue despertar el interés general, y aún las edi-

ciones más sobresalientes de este género ocupan el lugar menos apetecido por sus autores. Se calcularon en 411 los títulos publicados en 1937, desde entonces se ha notado una considerable disminución hasta llegar a 135 obras las editadas durante el pasado año.

Es innegable que al margen de esta lectura moderna, ligeramente expuesta a través de las diversas publicaciones, existe una corriente popular cuya tendencia es la búsqueda de ediciones actualmente agotadas y en algunos casos con imposibilidad de reeditar por culpa de los trámites legales difíciles de cumplimentar por parte de los editores. Otras veces el propio espíritu comercial

de libreros y bibliófilos limita la posibilidad de que buena parte de la literatura, antigua o clásica, sea más frecuentemente divulgada, con lo que lograrían saciarse numerosos lectores ingleses. La predilección británica por los libros usados es notable, aún cuando existe la probabilidad de conseguirse, mediante un ligero trámite, el pedido de cualquier libro de interés histórico o de consulta, no sólo en las numerosas bibliotecas públicas gratuitas sino en el British Museum, una de las mejores instituciones mundialmente más conocida, y de más utilidad para el amante de la Literatura.

GERMEN

ANTIPAPISMO RABION



UN pastor presbiteriano, que apacienta en este verde Valle, me invitó, tiempo atrás, a escribir un libro sobre los movimientos antivaticanas y las luchas con la papalidad en la Corona aragonesa. Le respondí que por mi parte ¡a las tres! Pero, que ¿quién corría con los gastos que erogara la edición? No la financió nadie ¡naturalmente! ¡Al abarrote, al abarrote!

Es el trapecio, por el que hoy se brinca hasta a la presidencia de los Estados Unidos.

Y, no obstante, el período álgido de ese antagonismo, es sin duda, una de las etapas de más rica emotividad, de la permanente Revolución española. Por esta y otras razones, extraemos la esencia de la silvestre flor y nos ungimos con ella el cadáver del alma y os incensamos el altar de la vuestra.

Aragón se empioja de beaterio, desde los primeros negroses de la noche goda. No nos rae la cimarrar agarena un picor, que nos dará comezón y pruriginie hasta nuestros nublados días.

Antiguos vigías de trocha, retirados del camino real y sus atajaderas por la canicie y la calvicie venerandas, giran para despistar de campo de operaciones y se trasladan a las espeluncas del Pirineo, de que son geranios, para dedicarse a la milagrería, al curanderismo, a la adivinaja, al masaje barbián; a hacer santeros, rezar por las ánimas regando el clavel del cuerpo, alejar el pedrisco, atraer la lluvia y librarse a otros juegos de manos tramposos.

Cuando el rapto de alguna Inés no obliga al ermitaño a irse a veranear junto a las rasgas de arenque, con que han sustituido los árabes las reliquias de Cristo, inventa que se le ha aparecido la Virgen y le ha mandado erigirle una capilla, para lo que se abre una suscripción sobre la marcha.

¡Confiarse la celestial señora a tales coquines! Habrían ultrajado a la cuitada, como a un artículo del Código más, del que ni una letra dejaron, por compasión, virgen, y a la que no hicieran mártir.

Parecerá mágico. Pero, así o parecidamente nacieron Ovarra, Cillas, Sigena, Loarre, Santa Cruz de la Serés, Siresa, Casbas, Roda, Piedra, Alaón, San Victorián, Aula Dei, Veruela y cuantos monasterios, Waikikis y oscurarios de devoción troglodítica cosen la cobija apollillada, que protege nuestro mal sueño y a cuyo ilusorio calor nos apolleramos.

El pueblo que mantenía el dulce far niente de santos y santas, miró siempre con el ojo en san-

gre dichas grutas de Malabar. Las boicoteaba. Pero ¡como si las regara con pajarete! Porque el fuego sagrado de la Fe lo alimentaban los interesados en que no se apagase: el trono, el presbiterio, el blasón y otros fosfatos.

Al instaurarse, por la circunferencia del 1484, el Santo Oficio en Aragón, contesta Zaragoza, cargándose al inquisidor general Pedro de Arbués y tendiéndolo sobre las losas del mismo templo del Pilar. En ninguna parte del mundo se ha reaccionado contra el quemadero tan atrozmente.

La Iglesia, sin embargo, no afloja en su absorcionista intrusiónismo en los asuntos interiores del reino, típicamente seculares y propios de la laicidad. En Barcelona, Valencia, Teruel y Lérida, las plebes respectivas amotinanse contra los esbirros del capuchón, en varias ocasiones.

En un viaje de recreo, que en 1204 hace a Roma, para que lo corone con los pies—era entonces la manera—Inocencio III, que los tenía de esquiador, el pasteeje de Pedro el Católico regala sus Estados a la Silla Apostólica, concediéndole el patronato o colación de dignidades en las iglesias aragonesas y catalanas; y se compromete a pagarle una fuerte suma—250 mazmodines—, recibiendo como contrapartida toda clase de bendiciones y de olios.

Los súbditos de la Confederación le arañan a gritos de protesta la cara al cielo. Lllaman ladrón a su rey. Y la tensión sube hasta el punto de que ni Jaime el Conquistador de ensaimadas y de horchatas; ni Pedro el Grande que osaba a todo con le belle donne de Sicilia, se atreven a hacer efectivo el tributo, ciscándose para ello en Cortes, fueros y concejos.

Martin IV—Papa patués—, fundándose en que Aragón, por la dádiva que de él hizo a Dios Pedro el Católico, es vasallo y feudatario de la Santa Sede, les quita el señorío del real patrimonio a los soberanos a la sazón más copetones de Europa; y se lo pasan, como una tetera, a la casa de Anjou.

Los angevinos saltan el Pirineo, para asaltar la heredad vecina. Y por la guerra a degüello, que del desmán pontificio se siguió; y por el desastre de Panisars (1285), en que los salteadores se quedaron sin lo propio, yendo en busca de lo ajeno, no se festinó del lado de acá hacia el derrumbe y no se puso sobre nuestro sepulcro una cruz con este epítafio: **Finis Catalano-Aragonixæ.**

Angel SAMBLANCAT.

EL UNIVERSO PERSONAL EN LA REALIZACION



DESDE hace cierto tiempo, una enfermedad mortal aflige al cine, sistematizándose ésta debido a ciertas supuestas escuelas modernas, apoyadas por un snobismo retrógrado. Se trata de la tendencia del realizador a eclipsarse ante su obra, la cual no debe ser más que una visión objetiva del mundo exterior. El realizador ha de olvidar sus sentimientos y su propia interna objetividad y filmar simplemente lo que se halla por puro azar ante su cámara.

Desgraciadamente, un buen hallazgo sólo se manifiesta en raras circunstancias, lo que reduce al realizador a un simple rango de periodista, el cual ni escoge siquiera sus temas. Los resultados, no siendo más que la reproducción de lo que toda retina puede registrar, sin gran trabajo, no ofrecen ningún interés artístico o humano.

Por el contrario, todo acontecimiento (verdadero o imaginario; real, o sobrepasando la realidad) transmutada por un creador según su visión única del mundo, se convierte en una ofrenda personal, capaz de enriquecer al espectador, abriéndole las puertas del YO. Esta interpretación del mundo exterior, esta visión metafísica, descubre la esencia de las cosas, lo invisible de los seres y de las leyes, prolonga las imágenes hasta alcanzar el punto en que lo verdadero y lo falso, el sueño y la acción se confunden.

Sólo los grandes creadores han hecho obra personal, incluso cuando han estado obligados a refugiarse en temas impopulares y en un género menor. El espectador no puede, entonces, percibir estas obras con sus sentidos usuales, ya que ellas se dirigen directamente a su propia visión del mundo.

El cine, más que ningún otro medio de expresión (porque es capaz de registrar perfectamente el YO) puede reflejar lo que hay de misterioso y de real, de conocido en los distintos matices personales. Y lo paradójico es que, en realidad, en el cine se encuentran muy pocas obras personales. Existen gran número de razones que lo explican: el comercialismo, que no quiere aventurarse lejos de los caminos trillados, los censores, que consideran toda expresión personal peligrosa para el bien-estar público, la crítica, que teme equivocarse, el público, en fin, que se ha acostumbrado a los films simples, a modo de mediocre pasatiempo dominguero.

Es evidente que cada realizador que se coloca tras de una cámara para rodar un film posee un universo personal. Pero son rarísimos aquellos que, dotados de reconocido talento, llegan hasta nosotros, sin haber sido antes, zarandeados por el dinero, la política, el menosprecio, o, simplemente, la imbecilidad.

En un orden general es evidente que un hábil obrero de la cámara, un buen técnico, un narrador concienzudo, pueden darnos, a menudo, obras sumamente agradables, sin por ello ofrecernos su carne lacerada. Un realizador puede darnos films representando el universo de una escuela (el expresionismo, por ejemplo) reflejando el universo de ella y no el suyo propio. Más que eso es realmente grande, debe verse, a través de esta misma moción, su visión personal. Así Wiene y Murnau pertenecen los dos al expresionismo alemán, y no obstante, la misma distancia que separa Genuine de Nosferatu, separa el mundo de Wiene del de Murnau.

A menudo se confunde «visión personal» y «autobiografía».

Por lo tanto la diferencia es notable. Así Orson Welles, no hace, a través de sus obras, más que contar su vida, con una técnica brillantísima y una aombrosa seguridad de expresión. Sus odios, sus rencores, se reflejan en «La Dama de Sanghai»; sus aspiraciones en «Citizen Kane», pero no hace más que explicarse sin dar jamás una visión de las cosas que no le tocan personalmente. Como muchos otros, es capaz de asimilar una visión personal perteneciente a otros, para encuadrar sus autobiografías. Thomas Garner y Dodsworth sirven de cuadro a Citizen Kane, la novela «negra» (Faulkner, Hammet, etc.) son el soporte de esta combinación abstracta que es «La Dama de Sanghai». Sólo las autobiografías imaginarias, sublimizadas, ideales (Maldoror, Ubu, etc.) forman parte del de la visión personal del mundo. Orson Welles se queda siempre en los límites de lo real (tal cual se encuentra en los periódicos) y proviene más de Dos Passos que de Lautréamont. Esto, por otra parte, no resta valor a su obra cinematográfica, tanto más cuanto que su personalidad es lo bastante rica para que nos interese, faltos de una visión general o de un mundo completo, por una persona que se llama Orson Welles y que podría, a pesar de todo, darnos más aún. Es interesante señalar que a excepción de «La Dama de Sanghai» todos los films de Orson Welles se basan en temas que le interesan de una manera íntima. Para un realizador que nos libra su universo, el tema no tiene ninguna importancia, al contrario: las banalidades, los lugares comunes, le ayudan a poner de relieve su propia visión.

Las manías, las contracciones, la repetición de ciertos detalles, no significan descubrimiento del mundo personal. Así los films de René Clair son una serie de contracciones personales que lo deben casi todo a una técnica perfectamente ajustada. Sus persecuciones, por ejemplo, son extraídas de Mack Sennett y de Labiche, a menudo gracioso pero siempre superficiales. Complejo personal, igualmente (casi autobiográfico) el hombre acosado, y el miedo a la luz eléctrica en los films de Fritz Lang; predilección por un tema: unas minorías en pugna con los otros hombres en los films de John Ford.

La obra de Buñuel, con ser muy importante, no nos muestra todavía lo que pertenece a Buñuel y lo que pertenece al surrealismo, a Sade y a Freud. Y en lo que respecta a Vigo, ha muerto antes de tener el tiempo de retirar de su espejo todos los tules que escondían un mundo de poesía absurda, de odio feroz, y de ese ridículo que hay que anular. La única perfección técnica de Clouzot y de sus escenarios de acentos profundos e incendiarios no nos permiten todavía analizar el mundo absolutamente personal de ese gran realizador cinematográfico que, estoy seguro de ello, mostrará un mundo inmenso ante los espectadores. Se puede decir lo mismo de Yves Allegret.

Sólo cuatro realizadores cinematográficos nos han dado, hasta hoy, imágenes completas de su universo insólito: Chaplin, Stroheim, Renoir y Sternberg.

No me extenderé sobre Chaplin, pues docenas de volúmenes han examinado su obra, su vida y el mundo en el que evoluciona el sublime Charlot. Este mundo que nos interesa particularmente, está hecho de amargura. El vagabundo universal no encuentra más que odio, ingratitud, incompreensión, tanto de parte de los otros hombres como del lado de las

autoridades, de las grandes potencias llamadas espirituales, y de los elementos que personifican el destino moderno. Este universo, de un pesimismo desesperante, está iluminado por fugaces sonrisas de muchachas, y sobre todo, por las piruetas. Los niños, los animales, e incluso las flores, no constituyen un apoyo más que de una manera accesoria, cuando su destino de niños, de animales, de flores, los arroja al nivel del pobre individuo solitario. Los sueños no son para Charlot de ninguna utilidad; despierta, y la realidad, esta realidad personal, reaparece más terrible aún. El mundo implacable invade los sueños; sueños y realidad se confunden, formando este *todo* que envuelve a Charlot para ahogarlo. Una vez Charlot quiso entrar en este universo e hizo una autobiografía imaginaria. Se conoce el resultado: fué ejecutado al alba. En medio de la incomprensión general, el individuo se desmanda sin armas, porque es puro a pesar de todo. Los otros solitarios, los espectadores, ¿tomarán conciencia? Chaplin lo duda, a pesar de las risas rechinantes que desencadena.

Eric von Stroheim, gran señor teutón que no acepta su desgracia, se desmanda contra un mundo tan cruel como el de Chaplin. Pero aquí, ni una sola sonrisa, ni el más mínimo destello de esperanza. Y el espíritu de rebeldía queda enterrado bajo una capa demasiado espesa de individualismo.

La podredumbre florece por todo y es imposible esconderla. Stroheim no vacila, y con una complacencia que nada tiene de fácil, revienta los abscesos con los dedos sucios, maltrata a los lisiados, mata los palomos, acopla personas repugnantes. El oro es el color de la podredumbre: a su vista los hombres rechazan toda dignidad humana para arrastrarse en la cloaca. Las bellas damas, con porte aristocrático, no son otra cosa más que unas prostitutas que, con la mano tendida, esperan las piezas doradas; los señores con uniforme (militar o de etiqueta) no son sino seres llevados de una aidez de asesinos. Sólo hay abyección en un mundo en que, de grado o por fuerza, cada uno humilla, engaña, tortura, mata a sus semejantes; y cuando alguien intenta un gesto de humanidad, o cuando una pareja se quiere con amor que nada tiene de monstruoso, es más penoso todavía, porque sabemos que ello no puede durar y que el gesto humano se transforma en bofetón, la pareja de enamorados en monstruos que se entredestruirán hasta la muerte. En las calles de las grandes ciudades a la moda, no se encuentran sino despojos humanos: lisiados arrogantes, jibosos que no traen suerte y no es raro encontrar una duquesa desnuda que apalea a su criada hasta hacerla sangrar, o un oficial que arrastra por las bocas de cloaca el cadáver de un idiota.

Como Sade, Stroheim describe, con minuciosidad de cirujano, este mundo abyecto, con niños degenerados, con animales que sirven sólo para ser muertos; y esta crueldad, por su propia minuciosidad, se transfigura en ironía rechinante. Las más normales funciones humanas, ampliadas por el cristal de aumento de Stroheim, se nos aparecen como taras hereditarias, pujantes y vergonzosas.

La potencia extraordinaria de Stroheim reside en esta visión tan limpia de un mundo que podríamos todos nosotros ver, si nuestros hábitos, nuestra educación y, a menudo, nuestro buen sentido, no nos lo impidiesen. Stroheim ha tomado conciencia. Su universo personal es una lupa que permite ver los detalles, y más especialmente, los detalles vergonzosos de una sociedad bien organizada.

El caso de Jean Renoir es más difícil de examinar, ya que este gran realizador, a pesar del importante número de obras maestras que ha imaginado y realizado, muy raramente ha mostrado ante nosotros su propia lente. Y si en toda su obra encontramos desparramados trozos de imágenes que reflejan su ínterna objetividad, sólo «La Règle du Jeu» nos da el conjunto, organizado en un encadenamiento de una probidad intelectual que choca y desconcierta a los débiles.

Renoir vive en un mundo en que el absurdo, regido por una fatalidad más absurda todavía, es rey. Los personajes se desmandan en este océano de hechos gratuitos, tratando

de conservar una máscara compleja. Ella está hecha de honorabilidad, de mentira, de falsa comprensión de sus propias leyes, y de espíritu de casta. Estos personajes son los mismos de la recepción en «L'Age d'Or»; no se dan cuenta ni del fuego que se prende en la cocina ni del carricoche que cruza por el centro del salón; matan los animales como los de Stroheim; tienen pequeñas manías que les dan un aire de fingida serenidad y simulan tenerle gusto a la vida, porque es lo que todo el mundo hace. Pero el absurdo quiere que las máscaras caigan algunas veces; entonces los personajes se desarticulan, accionan y mueren sin razón, y nos damos cuenta de que no son sino marionetas, que tienen todos la misma cara y que hacen los mismos gestos, las mismas angustias, la misma muerte, que nada pueda diferenciarlos. Todo se nivela; las personalidades se reducen a la nada; las castas ven hundirse estrepitosamente sus muros inviolables y el absurdo solo, mezcla sus enredos para matar a los que no debían morir, unir a los que no debían amarse, y regir, sin orden, este mundo tan caprichosamente complejo. Algunos no tienen máscara; se trata de unos poquitos puros, inocentes, que no tienen nada que perder, pero que son, a su pesar arrastrados por el torbellino general para ser engullidos, como es siempre de esperar. Los otros se apresuran a ponerse la máscara; el huracán es pronto olvidado, y se recomienza a gesticular, haciendo relucir la propia casta, mientras que los puros se alejan, tristes, pues no teniendo máscara, y formando parte de las sombras, no pueden olvidar ni respetar las reglas del juego.

El universo de Renoir, contrariamente al de Stroheim, es abstracto; las cosas no son nunca lo que parecen ser, y los personajes son siempre algo distintos de lo que creen ser y parecer. Renoir penetra detrás de las máscaras, lee debajo de las palabras, prevé el resultado de las acciones absurdas.

Todo universo personal toca a la metafísica, ya que descubre lo que sólo un personaje puede ver más allá de los seres, de las cosas, de las ideas. El universo más netamente metafísico es el de Josef von Sternberg. Este gran realizador, vergonzosamente desconocido, ha ido tan lejos en el arte cinematográfico, como aquellos esforzados caballeros en la busca del Grial.

El «tema» es para él una noción desprovista de sentido; podría tomar como tema «Fausto» o «El matrimonio de la señorita Beulemans», y quedaría siempre la impronta de una obra de Sternberg. Esto es, creo yo, la característica principal de un genio acentuadamente personal.

Su visión es, por otra parte, de una originalidad agresiva y permeable solamente a quienes son capaces de olvidar los pretextos para ver sólo la transfiguración de cada objeto, de cada gesto, de cada frase pronunciada. El tema no es más que un armazón que le permite tejer asociaciones de imágenes, únicas en la historia de la cinematografía. Como Raymond Roussel, nos expone concienzudamente y con gran arte los hechos, que a primera vista, parecen no tener más que una mediocre importancia para llegar a una composición de elementos tan grandiosa que el espectador se siente lanzado a los abismos de lo inexplorado. Así, en el último film de Sternberg que hemos visto en Francia, «Sanghai Gesture», el soporte melodramático nos lleva a varios puntos culminantes, entre los cuales, el más asombroso es la escena de la comida. En un ambiente chino un cojo toca al piano un fragmento de música romántica, mientras que un gigante abre las cortinas de una ventana para permitir la visión de unas mujeres, medio desnudas, metidas en jaulas como las de los pájaros, que están suspendidas en el vacío.

«Aquí nada es imposible», como dice uno de sus personajes, y lo insólito ilumina el todo, con su luz reveladora. Los límites de la realidad y de los sueños no son ya visibles, y la libertad más absoluta diríase que descubre lo invisible. Por todas partes hay algo que no está en su sitio, alguna cosa que está allí y no debería estar. Así se encuentran en las cavernas, damas vestidas con encajes blancos;

El anarquismo en la vida social de Francia



POCAS veces puede comprobarse que, por parte de elementos al margen de una actuación propiamente anarquista, se enfoque un estudio del anarquismo con esa objetividad científica que tanto enaltecía Agustín Hamón, y que puso el mayor empeño en reflejar al escribir sus libros. La mayoría, incluso aquellos que, al parecer, tratan de documentarse para conocer a fondo aquello en torno a lo cual quieren referirse, lo hacen de un modo tendencioso, dejando de lado el sereno examen que debe privar en quien sigue la historia o pretende realizar un análisis psicológico, de un hecho o de una corriente social determinados. Recordemos a este respecto la obra de Hector Zoccoli titulada «Los Anarquistas». En ella su autor se envanece de poseer una erudición capaz de emular a la del mismo Max Nettlau. En verdad Zoccoli, sin llegar a la vasta y concienzuda erudición de nuestro competente biógrafo de Bakunin, aporta, en el libro citado, enorme caudal documental. Y bien; tras de llevar a efecto un verdadero derroche de citas, termina por fulminar, del modo más venal y atrabiliario, sus anatemas contra los anarquistas y el anarquismo.

Hemos podido leer también, recientemente, dos monografías historiando el anarquismo. Una, editada por «Presses Universitaires de France», pertenecieron a la colección de cultura popular que lleva por lema «Que sais je?» se titula

a la cabeza de los revolucionarios va una muchacha con vestido de noche. Los poetas son «doctores en nada», y los reyes locos hacen agujeros es los ojos de los ángeles de madera esculpida. En el eterno carnaval, poblado de monstruos, el erotismo estalla, trastornando las costumbres cotidianas.

La flamigera originalidad de esta obra va más lejos de lo que creen los admiradores de las falsas audacias psicológicas. Sternberg, el más grande de los magnetizadores del cine, levanta cortinas, con cada una de sus imágenes extraordinarias, para ofrecernos el fondo de un complicado mecanismo, formado por el verdadero realismo de lo humano, este *realismo* que se debe a la imaginación humana, lleno de promesas liberadoras, cuanto más revelador que el llamado realismo objetivo que no puede ofrecernos nada nuevo. Goces del espíritu; latigazos lanzados contra nuestros sentidos amodorrados, el mundo de Sternberg nos muestra imperativamente el camino hacia un cine de expresión personal, que puede igualar el esplendor de las otras artes. El cine «surrealista» es hoy la única solución al grave problema de la vanguardia moribunda, aquélla que busca todavía tan sólo una originalidad formal.

Con esta riqueza adquirida, después de esfuerzos titánicos y de una búsqueda larga y paciente, la personalidad debe, por fin, manifestarse para tocar con sus dedos mágicos a todos aquellos que esperan alguna cosa del Séptimo Arte.

A. KYROU

«L'Anarchisme». Su autor, Henri Arvon, se limita a una síntesis muy generalizada, para sacar una conclusión, tan discutible como que ella implica la negación de lo que es substancial a la propia esencia del anarquismo. Así se nos dice textualmente: «La historia ha probado que el anarquismo se ha equivocado al estimar que el antagonismo entre el Estado y la Sociedad es irreconciliable. Es precisamente por los anarquistas, el haber hecho penetrar progresivamente los principios políticos de la Revolución francesa en el marco de la vida social». Opinión que, naturalmente, se aparta de toda objetividad para adentrarse en un manifiesto *parti pris*. Otro opúsculo, editado igualmente no hace mucho en Francia, lleva por título «Sous le plis du drapeau noir». Se trata de reflejar un tanto—con propósito posiblemente de cuidar el sensacionalismo—la acción de terrorismo y expropiación llevada a efecto en Francia por los Ravachol, Vaillant, Bonnot, etc. Ya con marcada objetividad, presentando las teorías de sus más caracterizados representantes en el aspecto intelectual, merece citarse la obra de C. Harmel y Alain Sergent, «Histoire de l'Anarchie». De ella se habló con alguna extensión, en ocasión oportuna.

Pocas veces, repito, se puede leer una obra que esté pergeñada con la serena objetividad que deben ser propias del historiador o del hombre de ciencia, que se limita a estudiar un hecho determinado, describiendo sus características peculiares. Entre las pocas obras que más se aproximan a esta objetividad habrá que citar el libro, recién editado, del que es autor Jean Maitron, con el título «Histoire du mouvement anarchiste en France (1880-1914)». Se trata de un denso volumen con más de setecientas páginas de texto bien nutrido. Es ésta una obra verdaderamente documental, de cuya importancia da fe el hecho de que, tan sólo la parte biográfica que al movimiento francés hace referencia, circunscrito a los años que acompañan al título de la obra, abarca la respetable cantidad de 180 páginas. El libro, además de la parte bibliográfica, cuya importancia puede colegirse por la extensión de la misma, se divide en cuatro apartados o secciones. El primero lleva por título «Nacimiento de un Movimiento»; la segunda se refiere al movimiento anarquista desde el 1880 al 1884, englobando la tercera del 1884 al 1914. En lo que a la cuarta y última parte del libro hace referencia se hace mención de la filosofía libertaria y el punto de vista marxista.

Se trata, en suma, de una obra metódica; un examen minucioso a través de las publicaciones libertarias de Francia en particular: libros, folletos, revistas, boletines, periódicos, constituyen en manos del autor una documentación cuantiosa y abrumadora. Hay además de los textos a que se hace alusión, otra gran cantidad de documentación que ha sido examinada en los archivos nacionales y departamentales de Francia, dimanando del Estado, documentación proveniente de archivos policíacos, de archivos y colecciones particulares, etc. Todo un conjunto de material que permite a J. Maitron perfilar, con la mayor verosimilitud, las caracte-

rísticas de una trayectoria en las actividades; la fisonomía moral de tal o cual elemento que ejerció más o menos acentuada influencia en la marcha o trayectoria de todo el movimiento libertario. En suma, un estudio claro, preciso, de las facetas, de las modalidades contenidas en el conjunto. No ha pretendido el autor, evidentemente, abarcar todo el horizonte social en que está encarnado, en donde descuella la que podríamos llamar impronta anarquista. No ha querido tampoco estudiar las características que pueden notarse en nuestros días, o tratar de avizorar el futuro. Se ha circunscrito a un examen retrospectivo: algo más de tres décadas, lo que, evidentemente, le ha permitido compulsar datos precisos, sin el peligro de caer en la vaguedad de un remoto pasado, la imprecisión del presente, o lo aventurado de un porvenir proyectado en la lejanía del tiempo.

El autor de la obra que se viene mencionando, aún realizando su labor en un plano de evidente honradez, elaborando su trabajo con la objetividad ya señalada, es evidente que, de forma tácita, o entre líneas, tenía que evidenciar algo de lo que él piensa o siente. Si admitimos la no persistencia absoluta de tal o cual modalidad en el carácter, en el modo de ser del individuo, necesario será convenir en que, incluso el historiador más objetivo, tiene, allá en su fuero interno, sus preferencias. J. Maitron no proviene del campo anarquista. Leyendo atentamente la parte de la obra que lleva el título de «Marxisme et Anarchisme» se percibe una leve influencia de puntos de mira algo equidistantes del anarquismo. En otras partes del libro parece percibirse algo así como un tanto de reticencia o algún toque de sutil ironía. Se ha dicho que el profesor Maitron fué excluido del Partido Comunista Francés «por desviacionismo», cosa que, de ser cierta, le honra en extremo, pues evidencia con ello poseer un espíritu independiente, de lo que no todo el mundo puede, en nuestros días, enorgullecerse. En síntesis, creo que bien puede afirmarse que el autor de «Histoire du Mouvement Anarchiste en France» no anda apegado a ninguna ortodoxia, y que la tesis de doctorado, que constituye la obra citada, no podía estar escrita, como él lo ha hecho, de no mediar una cierta curiosidad y hasta tal vez simpatía por el conjunto de las doctrinas anarquistas.

Vamos ahora, *grosso modo*, a seguir al autor a lo largo de su obra, haciéndolo con bastante menos extensión de lo que ella merece. Y lo merece por el hecho de que no estamos muy acostumbrados a dar, en nuestros días, con obras de la importancia que tiene la mencionada, ni por parte de elementos afines, ni menos aún, por parte de quienes nada de común tienen con los anarquistas y el movimiento anarquista en general.

Comienza el libro por el capítulo que lleva por epígrafe «Algunas precisiones necesarias». Especificase el significado que se ha venido dando a la palabra anarquía, así como las interpretaciones que ha tenido. Demuestra cómo fué Proudhon quien, el primero, dió a dicha expresión su sentido preciso y a tono con la idea de una sociedad manumitida de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre, hasta que toma cuerpo de doctrina a raíz de la formación y desarrollo de la Primera Internacional, poniendo también de relieve la opinión de Kropotkin, al decir, en su libro «La Gran Revolución», que es precisamente en la Revolución francesa donde se halla la fuente de todas las concepciones comunistas, anarquistas y socialistas de nuestra época.

Tras las definiciones del sentido dado a la palabra anarquía y anarquismo, el autor glosa las manifestaciones de la tendencia libertaria en el seno de la Federación Jurasiana, señalando, en el curso del capítulo que a ella hace referencia, el histórico Congreso de La Haya, en septiembre del 1872, comicio que puntualizó, en el plano internacional, la escisión que marca la diferencia manifiesta entre «autoritarios» y «antiautoritarios», o sea lo que más tarde se denominarían marxistas y anarquistas. Se citan los acuerdos del

tantas veces recordado Congreso de Saint-Imier, donde se dejó sentado que la destrucción del poder político es el primer deber del proletariado. Singularmente a través de las numerosas citas entresacadas del «Boletín de la Federación Jurasiana» vemos desenvolverse en las páginas del libro todas las características más esenciales de la acción obrera de formación libertaria hasta terminar con el descalabro de la Comuna, por cuyo motivo, la acción de tendencia emancipadora experimentó serio quebranto, hasta que, poco a poco, fué rehaciéndose, tomando otra vez volumen la propaganda y la agitación obrera con finalidad manumisora, al margen de las influencias políticas.

Se hace mención del movimiento anarquista como tal, desglosado del grueso de la acción obrera de tipo sindical. Hay al respecto datos curiosos en torno a la constitución de los primeros grupos de afinidad, actividades, creación de periódicos, labor de propaganda, etc. Un capítulo está destinado a relatar las características que tomó la llamada «expropiación individual», donde, a ciertos elementos convencidos de que para el anarquista constituía un «deber» expropiar a los ricos de sus mal adquiridas fortunas, se unían, en mayor cantidad, elementos de moral dudosa, que no tenían otro objetivo que el medrar haciendo uso de los recursos más tortuosos, en contra de la moral libertaria. Entre los textos que cita Maitron, en pro o en contra de una tal concepción, derivada del llamado «ilegalismo», es interesante el fragmento del que reproduce de un artículo insertado en «Le Révolté», el semanario anarquista, en el que colaboraban Kropotkin, Reclus, Grave, etc., y en donde, atacando cierta clase de *profesionalismo*, se dice: «Los trabajadores, amparándose, bien sea en una huelga, bien en una sublevación, de los talleres, instalándose en ellos, tras de haber expulsado a sus explotadores; el inquilino que no pudiendo pagar el alquiler no quiere dejarse expulsar de la vivienda, y arroja al propietario escaleras abajo; el hambriento que, sin medios de vida, desesperado, bien sea en grupo o aislado, irrumpe en un almacén y se apodera de todo aquello que necesita, he ahí los actos de los cuales nosotros podemos ser solidarios, puesto que son realizados por verdaderos sublevados. Aparte de esto, no tenemos nada que ver. Todo el que vive o quiere vivir sin producir, no es más que un parásito, y, por consiguiente, un enemigo.»

La «era de los atentados» llama el autor del libro al período de 1890 a 1896 en que se registran mayor número de atentados, llevados a efecto, particularmente, por medio de artefactos preparados a base de dinamita. Como reacción a una situación de extremada miseria que se dejaba sentir en algunas regiones del país, surgió en la mente de algunos libertarios el deseo vehemente de acabar con un estado de cosas indignante, apelando para ello a recursos de extremada violencia. Incluso escritores como Laurent Tailhade, que en ocasión de uno de tales atentados, dijo aquella conocida frase: «¿Qué importan las víctimas si el gesto es bello?», parecía que veían con simpatía dicha actuación. Mas, a la postre, pudo constatarse cómo no se aceleraba la transformación social, el advenimiento de la sociedad ideal, por el hecho de emplear tales recursos y entonar lo de:

«Vive le son, vive le son,
Vive le son,
De l'explosion!»

Había también una red de agentes provocadores que con miras policíacas, para crear motivos de represión, incitaban a la acción violenta o la llevaban a cabo con el nombre del anarquismo, para hacer recaer la responsabilidad sobre los anarquistas. Y con el llamado Proceso de los Treinta, queda cerrada, según Jean Maitron, la etapa terrorista. Siendo también, a su juicio, una de las causas determinantes del cambio, la convicción de la eficiencia representada por la fuerza colectiva, encarnada en los trabajadores, en un nuevo resurgir de lucha en pos de su emancipación.

En el capítulo destinado a reseñar la actuación de los anarquistas en los sindicatos, destaca la persistente campaña en el seno de la masa obrera, de elementos como Pelloutier, Delesalle, Tortelier, Pouget, y tantos otros que ofrecieron actividad e iniciativas en una persistente labor de educación societaria de impulso rebelde. El autor se extiende en consideraciones, reseñando las características que tomó el Congreso de Amiens de 1906, donde el sindicalismo revolucionario, tomando conciencia de sí mismo, con el impulso de los anarquistas, descartó de su seno toda influencia de tipo político. Hay en esta parte de la obra interesantes consideraciones con referencia a las características y el nexo de relación que pueden tener entre sí el anarquismo y el sindicalismo, con un cúmulo de opiniones al respecto, emitidas por Malatesta, Pouget, Pelloutier y otros.

Tuvo, como ya es sabido, singular resonancia en Francia, a fines de siglo, el proceso Dreyfus. En torno al mismo, tomaron parte activa, tras acentuadas polémicas en pro y en contra, buen número de anarquistas. A la postre resultó una oportunidad, independientemente de aquél en favor del cual la agitación popular tomó amplio vuelo, para combatir al militarismo y la Magistratura, logrando además enlazar, en la campaña revisionista, una intensa labor en pro de buen número de anarquistas que estaban sufriendo condena y a algunos de los cuales se logró que salieran en libertad.

Reviste acentuado interés, aparte de lo expuesto, el capítulo destinado a estudiar las diversas modalidades y tendencias de la acción anarquista. Así, por ejemplo, J. Maitron nos habla de la actividad libertaria en el aspecto neo-malthusiano, que tuvo principalmente en Paul Robin, Eugène Humbert y Sebastián Faure, entusiastas propulsores. Hay la actividad libertaria en el aspecto pedagógico, en cuya labor destacaron Magdalena Vernet y Sebastián Faure, entre otros. A este respecto merece citarse la campaña llevada a cabo en las columnas del periódico «Les Temps Nouveaux» por Juan Grave, en favor de la Escuela Moderna de España, de la que ya es sabido era Francisco Ferrer el más activo de sus animadores.

Se hace hincapié en el capítulo en cuestión en lo que se refiere a la actuación anarquista dentro del movimiento cooperatista. Ensayos de trabajo en común, asociaciones de consumidores, al objeto de adquirir géneros a precios de coste inferior al de la venta en el comercio, por el hecho de prescindir de intermediarios, etc. Menciónase igualmente la puesta en marcha de colonias de tipo libertario, muchas de ellas con régimen de vida vegetariano o naturista. En fin, toda una larga serie de ensayos, al margen de ingerencias patronales. Toda una relación de ensayos de vida común están plasmados en las páginas del libro. De estos ensayos bastantes fracasaron por falta de medios económicos para su sostenimiento; otros, por incompatibilidad de carácter entre sus participantes, por falta de preparación en el aspecto administrativo, etc. Pero es lo cierto que, aun no siendo más que un intento, ya merecía simpatía una actividad tendiendo a una efectiva emancipación en el orden económico.

Se habla también de la propaganda antimilitarista, de las tendencias individualistas, del anarquismo cristiano, etc.

La cuarta parte del volumen está dedicada a «la filosofía libertaria y el punto de vista marxista». En ella queda condensada con abundantes citas de los más conocidos pensadores anarquistas: Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Guillaume, Grave, Malato, Faure, lo que es en sí el comunismo libertario. Y con un examen de las diferencias que separan al marxismo del anarquismo termina la parte histórica y expositiva del volumen, pasando después al apéndice, donde se reproduce el texto de interesantes documentos en relación con el movimiento anarquista, y la bibliografía, a la que ya se ha hecho mención al principio de este artículo.

Quando se trata de obras de envergadura como la que se viene comentando, aun observando en ellas algún lunar, tal o cual omisión, o que uno considera así, es lo cierto que las cualidades eclipsan, sin duda, lo que uno pueda estimar que son defectos. Así, por ejemplo, nos hubiera complacido hallar un somero estudio de los libros escritos por teóricos anarquistas de una o de otra tendencia. Quizás en algunos aspectos o características de actividad se hace una mención un tanto apresurada. También hubiera revestido interés un estudio con referencia a la aportación anarquista de aquellos grupos de libertarios no franceses que en Francia han desarrollado actividades de una o de otra especie. Y, en fin, un estudio minucioso como el llevado a cabo en esta obra hubiera sido de gran importancia en el área internacional. Pero un trabajo así, hecho a conciencia, como lo realizado por el profesor Maitron, no es empresa fácil. Denso trabajo ha de ser el de estudiar la evolución multiforme del anarquismo. De ahí que, limitado a un solo país, es como en realidad se ha de poder hacer una cosa que revista capital importancia documental en torno a las características de un movimiento social como el anarquismo.

o o o

Antes de trazar las líneas que anteceden, leída ya la obra de referencia, he enviado un cuestionario al autor del libro, quien, además del doctorado en Letras y del cargo que ocupa, creemos que en la Sorbona, como profesor, es Secretario General del Institut Français d'Histoire Sociale, quien ha tenido a bien responder, en atenta misiva, excusándose de no responder con amplitud a las preguntas que le eran formuladas, alegando particularmente sus numerosas ocupaciones—está actualmente terminando de escribir una biografía de Paul Delesalle—. En su respuesta, da una clara y concisa contestación a algunos de los puntos del cuestionario aludido. He aquí las preguntas y respuestas:

¿Existen, en los métodos modernos de pedagogía, características que hayan sido propiciadas por los anarquistas que se dedicaron a la Enseñanza?

«En el dominio pedagógico, ciertamente, los anarquistas han sido precursores, si no desde el punto de vista teórico, a lo menos en el aspecto práctico. Lo que se llama ahora «les clases nouvelles» de los liceos son ciertamente de un espíritu muy anarquista.»

¿Cuáles son, en su opinión, los tres teóricos del anarquismo que tienen un carácter más representativo?

«Yo sólo he estudiado el movimiento anarquista de Francia y particularmente el de 1880 a 1914. En lo que concierne a este período, los teóricos más representativos me parece que son, en Francia, por el anarquismo sindicalista, Pelloutier; por el anarquismo individualista, Armand; por el anarquismo comunista, Grave, Faure, Reclus. En el área internacional, por el anarquismo individualista, Stirner; por el anarquismo comunista, Malatesta, Bakunin, Kropotkin.»

¿Considera que, si por razones diversas, el anarquismo puede experimentar cierta crisis, como movimiento social, en un país determinado, es posible que tome auge y se desarrolle en otras naciones?

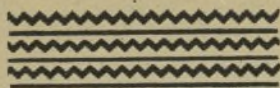
«La eficiencia del anarquismo no depende, en mi opinión, de una cuestión de nacionalidad. Es función de su valor propio en tanto que teoría social determinada.»

¿De todos los aspectos que engloba el anarquismo ¿cuál estima es el que reviste mayor importancia?

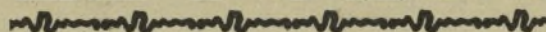
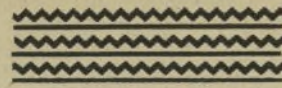
«El aspecto más simpático y el más constructivo del anarquismo me parece que es el sindicalismo.»

Y ahora, vaya con estas líneas finales, el agradecimiento al profesor J. Maitron por habernos enviado las líneas transcritas.

FONTAURA



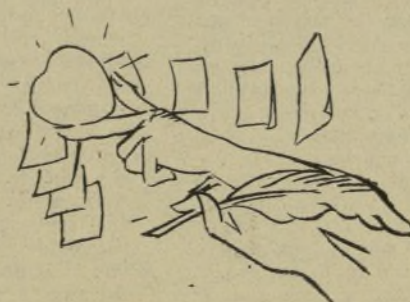
EL POETA



¡Significan tan poco cosa los versos cuando uno los ha escrito siendo joven! Se debería esperar, aguardar, si fuera posible, durante una larga vida; y después, al fin, muy tarde quizás, sabría uno escribir diez buenas líneas. Pues los versos no son, como algunos suponen, expresión de sentimientos (esos vienen siempre demasiado pronto), son experiencias. Para escribir un solo verso hace falta haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, notar como vuelan los pájaros, y haber admirado el movimiento que hacen las florecillas cuando por la mañana, abren su corola. Es preciso poder recordar esos caminos que van hacia lo desconocido, esos encuentros inesperados; esas separaciones que ya, desde largo tiempo, se prevén; esas vagas jornadas de la infancia, cuyo misterio queda sin esclarecer; a nuestros padres a quienes lastimamos, en nuestra incomprensión, cuando ellos querían causarnos placer; a esas enfermedades de la infancia que principiaban de un modo singular, partiendo de profundas y graves transformaciones; a esos días que se han pasado en habitaciones con la calma

y el silencio; en esas mañanas pasadas a la orilla del mar; en el mismo mar; en esas noches de viaje, en que centelleaban bien altas las estrellas. Y aun no es suficiente llegar a pensar en todo esto. Hace falta guardar el recuerdo de muchas noches de amor, que ninguna se parece a otra; el grito doloroso de mujeres en la hora del parto, y el de las delicadas, blancas, adormecidas paridas en reposo. Hace falta aún haber estado cerca de los moribundos; haber permanecido junto a los muertos, en la habitación, con la ventana abierta a los ruidos del exterior. Y no es aún suficiente el tener recuerdos. Hay que saber olvidarlos cuando son numerosos, y es menester tener la gran paciencia de esperar que vuelvan. No son aún esto los recuerdos en si mismos. Es cuando llegan a ser en nosotros sangre, mirada, gesto; cuando ya no tienen nombre ni se distinguen de lo que nosotros somos. Solamente entonces puede llegar que en una hora, muy excepcional, del medio de ellos se levante la primera palabra de un verso.

RAINER MARIA RILKE.



ESCEPTICISMO Y PORVENIR SOCIAL



CONTESTANDO A KOECHLIN



En el número 8 de «Cenit» publiqué un artículo sobre el tema del epígrafe. En el número 12 de la misma revista apareció una contestación de mi amigo H. Koechlin, titulada «Defensa del Escepticismo». Lamentablemente, debo comenzar mi contrarrespuesta afirmando que este último trabajo no ha interpretado de manera correcta ni la finalidad ni la orientación esenciales del primero. Más aún: algunas de mis afirmaciones fueron proyectadas por él hasta un punto que yo no les quise hacer alcanzar, y otras han resultado deformadas. Todavía otra cosa: Koechlin me adjudica puntos de vista que ni explícita ni implícitamente podrán ser encontrados en mi artículo. Ya lo demostraré en el curso general de esta exposición. En otros aspectos, ambos nos hemos entendido muy bien, y sobre el particular me extenderé de inmediato, pues nuestros enfoques son diametralmente opuestos. ¿Habrá influido la brevedad de mi primer escrito en el condicionamiento de una interpretación equivocada? Es posible, pues la contestación de Koechlin es sincera a carta cabal. Pero como no me hace ninguna gracia cargar con calificativos tales como «un poco demagógico» o «un poco bolchevique», y como me interesa insistir sobre el tema, lo que sigue será necesariamente una respuesta al artículo de Koechlin a la par que una ampliación de lo que, con mi firma, apareció en el número ya mencionado de «Cenit». Naturalmente, dada la vastedad y complejidad que el tema primitivo ha alcanzado, algunos aspectos sólo han sido tratados de paso y otros ni siquiera mencionados. Sin embargo, esto no significa que los mismos no puedan ser considerados en ulteriores oportunidades.

Koechlin califica de «criticismo» el escepticismo combatido por mí, para diferenciarlo del escepticismo filosófico, del «verdadero», como él lo llama. No tengo el menor deseo de entrar en sutilezas de lenguaje, pero la denominación me parece demasiado favorable a los pesimistas.

«El criticismo es una cualidad de la razón humana—dice Koechlin—, sin la cual no hay posibilidad de ciencia, ni de moral ni de pensamiento simplemente. La función de la crítica es oponerse siempre y sin límite a las creencias, sean cuales fueren. Su fin es la destrucción y nada más que la destrucción.»

Con este respuesta, Koechlin desvía el rumbo de mi ataque. Yo no he negado en ningún momento ni la necesidad ni las ventajas de la crítica, y he manifestado mi respeto por los hombres que, sinceramente, sufrieron y sufren esos desilusionantes procesos mentales que conducen al escepticismo social. Pero, por otra parte, ¿por qué convertir en sinónimos criticismo y escepticismo? Criticar, razonar, no entrañan de por sí, ni pesimismo ni optimismo. Sólo es posible denominar anticipadamente

de pesimista o de optimista a un proceso real y normal de crítica cuando los preconceptos y hasta la propia naturaleza psicosomática del individuo marcan el tono de la investigación con antelación a la investigación misma. Porque, sobre todo cuando se consideran asuntos tan estrechamente ligados al destino humano, como en este caso, no nos resulta fácil desprendernos completamente de los condicionamientos interiores que cargamos como frutos aun de nuestro simple acto de vivir, de lo que hemos sufrido o de lo que hemos gozado, de nuestros éxitos o de nuestros fracasos, de las experiencias colectivas que hemos presenciado, de lo que hemos leído, escuchado o imaginado. Todo esto influye, en mayor o menor medida, hasta en la elección del material de estudio. Quiérase o no, hay pesimistas y hay optimistas, no necesariamente como resultado de ese análisis extremo que parece seducir a mi amigo Koechlin, sino hasta por pobreza o riqueza de vitalidad física, así como hay tristes y hay alegres como consecuencia de una simple cuestión de contextura orgánica.

Esa última línea de la frase transcrita, «su fin es la destrucción y nada más que la destrucción», es como la tumba de la alegría creadora. A mi juicio, más que de una finalidad trepidamente destructora, la ciencia, la moral o el pensamiento, dependerían de un criticismo cuyo lema podría ser expresado en los términos opuestos: «la creación y nada más que la creación». Esta es la tendencia más auténtica del pensamiento. La función de crítica sin límite se liga naturalmente a todo lo que de propensión y de inclinación espontáneas acompañan al escepticismo. La creación y nada más que la creación: he ahí la más positiva manera de negar. El hombre que ha descubierto un nuevo mundo, por el solo acto material del descubrimiento, ha sepultado definitivamente una creencia de siglos; los revolucionarios que han derrumbado un imperio, por el solo acto del asalto, han demostrado la vulnerabilidad de la maquinaria estatal; las colectividades que han trabajado la tierra y se han repartido igualitariamente sus frutos, han hecho labor más efectiva que todo el derrotismo del mundo.

Entre los extremos absolutistas del escepticismo y del optimismo desenfrenados, ha surgido el crítico realista, objetivo, que procura, tanto como es humanamente posible, dejar a un lado las inclinaciones personales, temperamentales o intelectuales, ajustándose a los hechos y solamente a los hechos, como el científico se atiene a los resultados comprobados y repetidos de una experiencia. Hoy se ha llegado a formar equipos de estudiosos para la consideración de temas largamente discutidos con el ánimo de evitar los falseamientos provenientes de las meditaciones sombrías o fáciles, en los que los unos neutralizan a los otros, impidiendo así el alejamiento de la realidad. Esto tendrá sus desven-

tajas y no podrá ser aplicado, naturalmente, a todas las cosas humanas, pero las mismas resultan insignificantes comparadas con las conclusiones equilibradas que surgen de una tarea de esa naturaleza. La conclusión será pesimista, optimista, realista o lo que sea, pero no se deberá a propensiones individuales y no estará reñida con el análisis, con la crítica.

Por otra parte, hay muchos tipos de escépticos y algunos de ellos se han creído con derecho a ensombrecer hasta las más débiles esperanzas de los hombres; sin el menor esfuerzo del razonamiento.

Hay sensibilidades especiales, imaginaciones demasiado vivaces, en las que ciertos acontecimientos políticos y sociales aciagos han influido de manera nefasta, derrumbando su fortaleza interior. Hay mentalidades que en el propósito de asir una concepción total, pierden el equilibrio necesario ante la desproporción de su enfrentamiento con la tremenda complejidad del mundo. El temor y la confusión—de los que nadie, en esta hora, está exento en alguna medida—, debilitan el valor y entorpecen la serenidad. Surge una predisposición evidente a no mirar sino los factores negativos, a magnificarlos y a multiplicarlos.

Actualmente circula en tirajes sensacionales la obra de un escéptico que puede ser incluido en la categoría precedentemente señalada: «1948», de Jorge Orwell. Este libro ¿es criticista? Orwell no realiza ningún análisis, ninguna crítica. Pincel en mano, cubre la tela del futuro social con el cuadro más espantoso que pueda concebirse; pero su base es tan acriticista como la de un pintor fanático que nos pintara los horrores del infierno. «1948» es pesimismo destilado, pero de ninguna manera criticismo.

Naturalmente, se dirá que Orwell ha proyectado los resultados de causas visibles y latentes de la sociedad contemporánea. Cuando Aldous Huxley publicó su inquietante «Un Mundo Feliz», se dijo que la obra constituía una prevención: si los pueblos se empeñaran en seguir por los mismos carriles, el futuro podría semejarse a la descripción anticipada por el escritor inglés. Esto todavía era aceptable. Ahora se va más lejos: el cuadro no sólo es expuesto, también es esgrimido como prueba de que marchamos hacia el 1984 de Orwell. Esto es ya caer, lo digo y lo sostengo, en el más asustadizo de los fatalismos.

Es interesante recordar que no se dijo cosa muy diferente sobre las obras que se empeñaron en reflejar un destino más venturoso para la humanidad. Ellas también partían de lo visible y de lo latente, de los aspectos positivos de la existencia. Conste que no me refiero a las viejas utopías, sino a un libro reciente, como «Hombres como Dioses», de H.G.Wells. ¿A quién se le ha ocurrido agitar este título sugestivo y esa pintura poderosa, presentándolos como resultados fatales de la evolución? Tanto este tipo de obras, como aquel otro, resultan contraproducentes si se les confiere una base amplia de aceptación ingenua, si se les asigna un valor criticista oculto e infalible. Ambos géneros, en este caso, son perjudiciales, tanto si despiertan un entusiasmo, tanto como si estimulan un derrotismo terrorífico.

Los fantasmas que preocuparon a Koechlin no son otros que estos: los que se agitan a partir de una sensibilidad particular, de una imaginación casi enfermiza, sin el esfuerzo del análisis y sin el acopio de la prueba. El día en que, críticamente,

se me demuestre la inevitabilidad de una catástrofe semejante, entonces y sólo entonces yo me atrevería a suscribir la frase de Koechlin: «Estamos en plena marcha hacia el año 1984 de George Orwell, el escritor más escéptico de nuestra época».

«Por otra parte—dice Koechlin—hay el criticismo barato, el escepticismo querido y fácil, de que habla el amigo Muse. Pero me parece muy cómodo y aun un poco demagógico rechazar una crítica con el argumento de que hay gentes que se sirven de ella para su comodidad. ¿Por qué cerrar los ojos ante verdades que se ven y se sienten todos los días? Aunque nos desagraden, están ahí, de todos modos. Si agradan a otros, ¿qué nos importa?».

Esto no es verdad. Comencé mi artículo enumerando algunas de las causas que habían provocado la corriente de escepticismo «con referencia a los destinos humanos en el seno de minorías tradicionalmente dinámicas y más bien optimistas». Luego me referí a los argumentos principales que los pesimistas han puesto en juego. Posteriormente discutí tres o cuatro de esos argumentos y atacé asimismo a ese tipo de escéptico barato. ¿Esto es rechazar la crítica? ¿Esto es cerrar los ojos? Reconocer que hay causas para el escepticismo, mientras se sostiene una actitud constructiva, ya entraña tenerlos abiertos tanto como se puede. No he discutido solamente los hombres, sino también las ideas. No veo, tampoco, dónde está mi dosis de demagogia.

Si he combatido a los falsos escépticos en tanto que hombres que abrazaron esta corriente para esconder su cobardía, sus confusiones o su deseo de evitar la responsabilidad social a pesar de los gritos de su propia conciencia, es simplemente porque su mentido pesimismo se ha convertido en un derrotismo sistemático, activo y brutal. Por estar vinculados, de una manera o de otra, a las distintas agrupaciones humanas con finalidades de superación, sus actitudes constantemente negativas resultan entorpecedoras para la acción colectiva. Si a alguien puede aplicarse la frase de Koechlin, «la destrucción y nada más que la destrucción» es a ellos mejor que a nadie. Todo lo que de grande ha crecido en el pecho de los hombres y en las organizaciones de los pueblos está condenado a encontrarse con su burlesca y superficial condenación. Si nuestra alimentación dependiera de sus estupideces, no comeríamos azúcar, aunque de fuerza al músculo, por que conduce a la diabetes, ni beberíamos leche por temor a la fiebre, ni ingeriríamos hortalizas para evitar los parásitos...

Yo no puedo decir como Koechlin, «qué nos importa». A mi me importan demasiado. Levantar falsos obstáculos, magnificar los reales, en medio de una sociedad que está sintiendo los peligros que la amenazan y que ansía canalizar sus esfuerzos para conjurarlos, no sólo es una infamia, voy más allá: es un crimen.

Nadie pretende que los hombres marchen al sacrificio estéril. No me seducen las historias heroicas ni la novela barullera; pero los acontecimientos no dependen exclusivamente de nosotros. A pesar de los unos y de los otros, los pueblos seguirán practicando sus reacciones activas o pasivas para defenderse o para superarse. Toda revolución tiene sus peligros y frustrada puede conducir a resultados contrarios a los apetecidos ciertamente, pero la guerra—a la que muchos de esos escépticos, por cobardía, se adherirán colocándose ya sea en un bando o en otro—contiene peligros infi-

nitamente mayores y su meta anticipada es solamente la destrucción. Una tarea positiva sería demostrar que siempre vale más arriesgarse en la violencia revolucionaria, que busca una salida, que no hundirse en las guerras más violentas todavía y cuyo fin es malograrla.

Señalemos los factores negativos, los peligros, los obstáculos. Perfectamente de acuerdo. Pero si no nos sentimos con el coraje necesario para acompañar a los pueblos, para asumir las responsabilidades, no es un crimen manifestarlo. No neguemos lo que hay de cierto en el afán constructor de los hombres ni las posibilidades que están ahí, ante los ojos. Solamente así nos acercaremos a un criticismo realista y a una acción fecunda.

Koechlin ha querido llevar lejos la discusión sobre la Edad Media. Yo me había referido a ella en sus aspectos de artesanado y campesinado, fundamentalmente. Así, en vía de comparación y para oponerme a la nostalgia tan manida del trabajo artesanal, había escrito: «Si echamos una mirada sobre el promedio-horario de la jornada de trabajo que debían soportar los trabajadores hasta bien entrado el siglo XIX y el que hoy se realiza mundialmente, tendremos que el hombre no es tan sirviente de la máquina como era esclavo el campesino de la tierra o el artesano del taller». Reconocí las ventajas que para el artesano, en tanto que hombre y creador, representaba su modo de producción, aunque señalé que este sistema era insuficiente para las necesidades de los pueblos y que los beneficios que implicaba ejercerlo sólo afectaban a una ínfima parte de la población. En un momento, al referirme de manera exclusiva al campesino, señalé: «Ignorante, embrutecido y expoliado, soportaba cierto tipo de humillaciones que la sociedad, como norma, no ha conocido ni antes ni después». Pero Koechlin, empeñado en encasillarme dentro de un marco definido, extremó mi observación en los términos siguientes: «La afirmación de Muse de que el pueblo de la Edad Media ha sufrido humillaciones que las sociedades no habían conocido antes ni han conocido después, no es exacta. La esclavitud de la antigüedad no era mejor, era peor, porque le faltaban los frenos que imponían a la servidumbre de la Edad Media la religión cristiana». Todo esto le conduce a recordar «la seguridad social» del medioevo, los pluralismos feudales y «federalistas», etcétera.

Como se vió, hay alguna diferencia entre la afirmación y la interpretación. Esa frase, que no era lo fundamental de mi referencia a ese periodo, pretendió recordar el horrendo absolutismo que signi-

ficaba la dependencia de la mayoría de los campesinos de los humores y de los caprichos personales del señor feudal, quien los ejercitaba, sin lugar a dudas, sin frenos de ninguna especie y a despecho de los más elementales preceptos de la religión cristiana. El derecho de pernada, por ejemplo, es todo un símbolo de la arbitrariedad soberana de aquellos bárbaros fortificados, a quienes el «pluralismo», que no fué más que aislamiento entorpecedor de la vida, les permitió el ejercicio más absoluto del poder unipersonal. En algunas regiones de América se puede palpar muy bien todavía hoy todo lo que de humillante contiene la vida en los límites cerrados de un feudo. Hasta no hace mucho tiempo, los ingenios azucareros, los quebrachales, los yerbatales, etc., eran inmensos latifundios en los que la orden del señor marcaba el destino de los hombres y las cosas. Sus leyes eran exclusivas, su cuerpo armado, propio, y la capilla infaltable, de uso local. Los abusos sublevantes—no ya en el sentido económico, esto incluso pasaba a un segundo plano—que rebajaban y continuaban rebajando la dignidad del hombre a la altura del estiércol, la humillación que entraña hacer sentir al individuo que está por debajo, infinitamente por debajo de otros hombres, las determinaciones extrañas dentro de las esferas más íntimas de la vida personal y familiar, no corresponden sean descriptas aquí. Pero, salvando las distancias, el feudo americano importado por los europeos en la época de la conquista, tiene una notable similitud con la feudalidad occidental de aquel entonces. A este tipo de humillaciones me he referido, y por eso utilicé esta palabra. La esclavitud, por otra parte, no es más que eso: esclavitud, en cualquier lugar, en cualquier período, a pesar de diferencias sin importancia en algunos matices.

En cuanto a los famosos frenos que imponía la «religiosidad cristiana», son más imaginarios que reales. En todo caso, ellos han sido válidos, como lo son ahora, para los hombres sencillos del pueblo, para los humildes, para los «honrados Juanes» que poco tienen que ver con la injusticia y la explotación. Pero ellos no regían para los poderosos, para los «armados caballeros», los Papas o los mercaderes, en tanto que vivencia interior reguladora de la conducta. Los auténticos frenos de la Edad Media fueron de un orden muy distinto y se ejercitaron coactivamente sobre todos los hombres que, de una manera o de otra, quisieron ir más allá de su tiempo inmóvil y estrecho.

Emilio MUSE



FINALIDAD DE LA SOCIOLOGIA

E S indudable que todas las ramas de la Ciencia tienen una importancia vital en el desarrollo del progreso humano; pero es indudable, también, que la Sociología ocupa un lugar prominente en cuanto se refiere al progreso ético y social del hombre. La labor sociológica no sólo sirve para comprender el porqué de los problemas sociales y la evolución de la sociedad en general, sino que debe servir, a la vez, para encauzar a la Humanidad por las rutas de su verdadera emancipación física y espiritual.

La Sociología no debe conformarse a quedar reducida a una simple «historia social», sino que debe, por el contrario, aspirar a fines más trascendentales, debe situar sus metas en planos más elevados en la vida espiritual del ser. Es necesario que la Sociología adquiera cada vez un mayor «dinamismo», cada vez una mayor operancia en el campo de las actividades humanas; que no sea solamente una ciencia «almacenativa», sino creadora también en el sentido de forjar teorías que puedan ser sometidas a la prueba de la experiencia, para demostrar su validez o su inutilidad en la organización de la vida social de los pueblos. Crear ideales que sean el resultado del estudio, la investigación y la experiencia, y que tengan como fin y campo de aplicación a la sociedad, tal debe ser la aspiración de la Sociología para que realmente pueda ser grande y fecunda.

Nada tiene, pues, tanta importancia y urgencia como el emprender, en los momentos actuales, una amplia y profunda labor de investigación sociológica, para encontrar, en la sociedad moderna, los resortes y las condiciones sociales que será necesario crear para que la Humanidad pueda entrar, de una vez por todas, en el goce de una vida integralmente libre y digna, en la que los valores humanos, considerados hoy como tales, se establezcan de verdad y definitivamente, en toda su plenitud y pureza.

La vida del ser humano sólo puede ser realmente fecunda cuando las condiciones externas en que se desenvuelve le son favorables. Actualmente, las condiciones sociales en las que el individuo se ve obligado a existir, imposibilitan el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, de tal suerte que, en la sociedad actual, la personalidad se halla disminuída, la dignidad empobrecida, y la libertad es sólo una quimera. Señalar el norte orientador para que la Humanidad se reencuentre a sí misma, para que libertad y la dignidad se restablezcan, y para que, por último, la personalidad se desenvuelva en múltiples y variadas formas dentro de la sociedad, tal debe ser la finalidad de la Sociología contemporánea.

Pues bien, para que el sociólogo pueda emprender esta magna tarea de renovación humana y social, debe preocuparse no sólo por estudiar la fenomenología y la mecánica social en el pasado y en el presente, sino que debe prestar su atención, también, al desarrollo de todas las cuestiones que, aunque indirectamente, puedan tener alguna relación y trascendencia en la marcha progresiva de la sociedad. Debe estar atento para ver y comprender todas las palpitaciones humanas, ya que su conocimiento permite el entender, entonces, con mayor claridad, la naturaleza del alma humana y, con mayor razón, la naturaleza de la sociedad.

He aquí el porqué adquiere tanta importancia el estudio de la Sociología como ciencia; pues implica el conoci-

to de una de las principales fuerzas que influyen, actualmente, a la sociedad. Influencias que no van ligadas solamente a los descubrimientos cuya aplicación tiene una utilidad práctica para el individuo, sino también a los que la tienen nefasta, y hasta a los que parecen no tener ninguna. Es más, podemos decir que las influencias de la Ciencia en la vida social son aún más profundas, pues muchas de sus teorías provocan repercusiones que atacan directamente a la naturaleza más íntima de nuestras concepciones tradicionales acerca de la vida, el Universo y la sociedad.

El sociólogo moderno debe tener muy en cuenta lo anterior, ya que el estudiar y comprender los grandes problemas teóricos de la Ciencia lo capacitan para desempeñar mejor su papel y le proporcionan, además, nuevos métodos de investigación que le marcan las directrices generales para resolver sus problemas particulares. Una vez este estudio sea realizado, se está en condiciones para entender, entonces, con una mayor claridad, todos los problemas que aquejan al hombre y hasta parecen aclararse las incógnitas más intrigantes de su misma existencia.

En resumen, podemos expresar y concretar nuestra tesis en los términos siguientes:

1.º La Sociología moderna debe aspirar y tender, cada vez más, al estudio y comprensión de la «dinámica social» para estar en posibilidad de emprender la renovación de la sociedad en base a un conocimiento, cada vez más completo, del hombre y de la naturaleza humana.

2.º El sociólogo, para que su labor pueda ser más efectiva y sus resultados puedan tener una aplicación cada vez más universal, debe prestar una mayor atención al estudio de las relaciones que puedan guardar entre sí los problemas de la Ciencia y los problemas de la sociedad; pues es evidente que existen ciertas analogías entre los problemas del mundo físico y los problemas del mundo social que es conveniente no olvidar ni desestimar, ya que, en algunos casos, las soluciones que se den para los primeros pueden orientarnos para hacer luz en los segundos.

3.º Los científicos, y en particular los sociólogos, deben reclamar el derecho que les pertenece por méritos propios, de planear la organización y el progreso de la sociedad de acuerdo con los conocimientos y los resultados generales de la Ciencia. Ha llegado el momento en que los hombres de ciencia, y junto con ellos la juventud estudiosa y todos los hombres que aún conservan el sentido de la dignidad, sean los que señalen a la Humanidad las rutas que ésta habrá de seguir en el futuro para alcanzar las metas ideales, que hoy tan lejanas y quiméricas nos parecen. Metas que no pueden ser otras que la libertad y la justicia disfrutadas en común y sin más limitaciones que el respeto mutuo y recíproco entre los hombres; metas que, por lo demás, constituyen en sí los principios que norman la conducta de todo hombre que ama, siente y practica el ideal de la Ciencia.

La impotencia demostrada por ciertas ideologías, y en particular por los hombres de Estado y todos los políticos, por llevar a la práctica los fines ideales, nobles y justos, a que ellas dicen aspirar, es, actualmente, demasiado manifiesta, y se impone, para salvar a la Humanidad de su autodestrucción, la inmediata creación de minorías selectas—educadas científicamente y revolucionariamente—capaces de emprender la magna obra de la rehumanización del hombre y de la sociedad.

Octavio ALBEROLA.

ARTIE

Por el estudio de nuestros artistas



De nadie, como de este pintor puede decirse que la obra explica al hombre. Hijo de Asturias, Germán Horacio es fiel a su raíz vernácula. Esta fidelidad a sí mismo es su principal virtud. De ahí la belleza fresca, espontánea y siempre nueva de sus paisajes. Germán Horacio no busca los temas, no tiene necesidad de buscarlos; los lleva en sí. Es el recuerdo que pinta, recreando la belleza de lo nativo, de lo indígena, de lo hogareño, con los elementos subjetivos, propios, en los que combina el amor y la añoranza por su paisaje...

De la combinación de esas dos bellezas, que Gaudin llamaría objetiva, exterior, y belleza subjetiva, interior, Germán Horacio alcanza el equilibrio vigoroso de su obra, recia y humana. Es un caso excepcional el de este pintor. Por su fidelidad al tema y por ese equilibrio sereno con que lo realiza, sin conceder demasiado a lo emocional, no pierde la proporción; sabe frenar sus impulsos y, merced a esa mesura que impone a su pincel, sus paisajes asturianos, sus escenas lugareñas y hogareñas adquieran en la tela aquellas tonalidades, aquel colorido blando, caliente y vivo que tienen la realidad bajo los cielos astures. Equilibrio, proporción y mesura: he ahí las características que predominan en la técnica de este gran pintor. Características que no suelen darse juntas en un artista desterrado. Con frecuencia la añoranza desorbita lo emocional, y lo emocional lleva a menudo al desequilibrio, a la desproporción, a lo desmedido. Conozco a un poeta, compañero de destierro, cuyo nombre prefiero callar, que vive en un estado de desequilibrio emocional tremendo. En estos últimos tiempos su musa ha extremado hasta la exasperación el tono elegíaco de su nostalgia, hasta el punto de preguntarnos si nosotros no habremos perdido lo sustantivo y racial, denominador común de todos los exilados. Pero no, no es que nosotros nos hayamos «desubstanciado» como decimos en Aragón; es que el poeta aludido ha enfermado de nostalgia, nostalgia que todos compartimos en diferente grado y medida. En los dominios del sentimiento de cada cual es autor de su propia medida. Felizmente para Germán Horacio esa nostalgia está contrapesada por la esperanza en el retorno. Es decir, el desterrado que hay en Horacio no da rota su continuidad con su paisaje. De ahí la belleza serena de sus cuadros. Para él no se ha roto ni su continuidad con su paisaje ni aun, como en los exasperados de la nostalgia, la de su paisaje con él. Es decir que el verde de sus praderías y las mujeres entregadas a las faenas del campo y de la casa tienen en sus cuadros el ritmo de la vida que continúa. La guerra, el destierro ¿qué puede significar todo esto para el agua que mana, para la yerba que crece, para la vida, en fin, que sigue su curso sin detenerse? Aparte

los horrores pasados—Germán Horacio ha sufrido en carne viva guerra y éxodo—, la guerra y el destierro para nuestro pintor fueron meros accidentes; no parecen haber tenido otra transcendencia que la del trasplante de su tierra vernácula a estos climas que no son los nuestros. Y este trasplante tampoco han significado en la vida del pintor cambio alguno. ¡Tan poderosas son en él las influencias de su paisaje! En sus cuadros, matices, líneas y luces tienen la misma gracia elemental de la tierra que lo vio nacer. La guerra pasó, y allí está el lomerio verde, de contornos suaves, con las carrascas y los castañedos, plenos de un rumor de brisas y de pájaros. La guerra pasó, y después del asombro de las gentes, tan elementales en los paisajes de Horacio, como las aguas del riachuelo y la yerba de los lomerios, todo quedó igual en esas estampas agrarias, tan profundamente agrarias como las páginas de Silone en «Semilla bajo la nieve». Después del huracán bélico la belleza de las cosas, de los elementos del paisaje, se recobra y la emoción permanece. Y esto es lo que Germán Horacio ha querido expresarnos: que la vida es más fuerte que la barbarie de los hombres.

Quien haya tratado a Germán Horacio y vea su obra ha de ver en ésta una como prolongación, como continuidad de su persona. La obra del hombre. En los cuadros de Horacio se explica lo que es el pintor. Aquello de que el estilo es el hombre, tiene en Horacio un sentido pleno. La principal característica de la obra de este pintor es la fidelidad a sí mismo. Horacio es sincero y porque lo es nos emociona con su arte. Ser uno mismo, no pretender ser éste o aquél, ése es el camino para que todo artista alcance la meta de su plenitud, de su sazón. En arte cada cual es su propio antecedente. Cada artista ha de obedecer a sus impulsos. Es entonces cuando el artista se prolonga en su obra. Basta ver un cuadro de Van Gogh para comprender la exasperación colorista que no es otra cosa que la lucha torturada del pintor holandés por apoderarse de la luz y hacerla suya. Basta ver un cuadro de Tortosa—y uno de su primera exposición—para ver el niño en asombro que hay en él. Ni Van Gogh podía dar a sus cielos la profundidad llena de aire y de luz que alcanza esa dimensión en los paisajes de Horacio, ni Tortosa podrá dársela tampoco a los suyos, porque el paisaje para el niño sólo tiene dos dimensiones. Biplana es la pintura de Van Gogh por falta de luz y biplana es la pintura de Tortosa por falta de sombra. No podrían ser de otra manera. El mérito de uno y otro está en ser como son. Horacio mismo, cuando realiza otros temas que no son los suyos, pierde en fuerza y emoción. Horacio es fundamentalmente un paisajista vernáculo, un pintor de género. Sus mujeres campesinas son de carne, macizas, mujeres que hacen pensar en las madres de la raza. No

son esas figulinas artificiosas y absurdas que acostumbramos ver en algunas exposiciones. Estas mujeres son de carne y hueso, que huelen a mujer casera y laboriosa, en la casa y en los establos, en los pomarales y en los praderios astures. Son recias como las madres primigenias de aquellos astures que luchaban con los osos e iniciaron la epopeya de la reconquista española. Me recuerdan a las mujeres espartanas, contemporáneas de Licurgo, que al decir de Plutarco, contestaba a las extranjeras asombradas de que dominasen a los hombres: «También nosotras solas parimos hombres.»

Algo muy importante me dejó por decir de nuestro pintor. Germán Horacio pinta para él, para recreo de sus ojos y gozo de sus propias emociones. No quiere vender. Sólo cuando la situación

apremia se deshace de una tela. Y se deshace de ella con dolor. Mientras tanto pinta, dibuja y trabaja incansablemente: carteles de propaganda, ilustraciones para revistas y periódicos, con lo cual vive. Y en los breves peréntesis de tiempo libre que le deja esta lucha por el cotidiano sustento, Horacio se entrega a lo suyo. Y lo suyo está en esas acuarelas, en esos óleos y en esos dibujos que cubren materialmente las paredes de su casa y en los cuales Asturias—la Asturias de este Germán Horacio, elemental como un niño y bueno como los enamorados de la belleza—perdura con todo su inmenso colorido y todas sus reciedumbres.

Mariano VIÑUALES

IDEARIO DE JORGE BERNANOS

Existe en todo hombre una enorme capacidad de resignación; el hombre es naturalmente resignado. Este es el motivo de su duración. Podéis bien creer que, de otro modo, el animal razonador no hubiera podido soportar ser el juguete de las cosas. Haría miles de años que el último de ellos se hubiera roto la cabeza contra los muros de su caverna.

—o—

«Nosotros queremos salvar el país». Bien. Muy bien. La desgracia es que aun no hayáis acertado a salvaros vosotros mismos.

—o—

El rasgo más característico del hombre moderno: su menosprecio de las evidencias morales, su gran propensión a olvidar.

—o—

Un imbécil no hace uso de ningún instrumento mental que le permita penetrar en sí mismo; solamente explora la superficie de su ser.

—o—

Hay un heroísmo sin honor, porque es sin justicia.

—o—

Para desencadenar la cólera de los imbéciles es suficiente ponerles en contradicción con ellos mismos.

Uno no llega jamás a desconfiar bastante de sí mismo.

—o—

Los mediocres no cambiarán nunca nada.

—o—

Lo que hoy se llama un hombre distinguido es precisamente aquel que no se distingue en nada.

—o—

Los dictadores hacen de la fuerza el solo instrumento de su grandeza. El uso sistemático de la fuerza no se realiza sin crueldad.

—o—

Toda vocación es un llamamiento y todo llamamiento quiere ser transmitido.

—o—

La cólera de los imbéciles siempre me ha llenado de tristeza.

—o—

Yo no creo en las ventajas de las coaliciones formadas por la ignorancia y el sectarismo.

—o—

La indispensable condición a llenar para entrar realmente en la acción es el conocerse a sí mismo.



LAS CIENCIAS

ESQUEMA DE IDEAS Y HECHOS



Está en vías de perfeccionarse, en París, el primer microscopio para el estudio del protón, que, como es sabido, es el elemento de electricidad positiva en el núcleo del átomo. Este instrumento permitirá el examen de las partículas más pequeñas conocidas hasta la fecha. El aparato ha sido inventado en 1943 por dos sabios franceses: Claudio Magnan, director adjunto en el laboratorio de Física Atómica en el Collège de France, y Pablo Chanson, conferenciante en la Ecole Polytechnique. Ellos estiman que el nuevo microscopio puede aumentar un objeto 500.000 veces.

Los doctores Lereboullet y Pluvinaige han presentado a la Sociedad Médica de los Hospitales de París los resultados obtenidos con la vitamina B 12 en neurología, en el curso de dieciocho meses de experimentación. En conjunto este medicamento permite grandes esperanzas, sobre todo en la mayoría de las parálisis debidas a enemía grave, y en las parálisis por enfermedades de la medula (paraplejías espasmódicas).

Un sabio austriaco, ha calculado que el calor desprendido por el sol en una hora equivale a la energía calorífica que podrían producir durante igual lapso de tiempo veintitún millón de millones de toneladas de carbón. Un cálculo en torno al mismo tema ha permitido a otros sabios el precisar que si se quemaran todas las reservas mundiales conocidas, de carbón, petróleo y leña, a fin de reemplazar el calor solar, tres días serían suficientes para agotar todo el combustible.

Según afirmaciones hechas en el «Sunday Chronicle», unos sabios ingleses acaban de encontrar el medio de neutralizar los efectos horribles producidos por las nubes de polvo radioactivo producido a causa de las explosiones atómicas. Estos sabios han constatado que animales a quienes se había hecho ingerir zumo de limón en grandes cantidades llegaron a insensibilizarse a los efectos de los rayos mortales, en tanto que sus congéneres que no probaron el limón perecieron.

El Brookhaven National Laboratory está llevando a efecto experimentos de cultivos como sigue: Las plantas se hallan repartidas circularmente en torno de una fuente radioactiva. Esta disposición permite graduar con gran precisión la intensidad de irradiación y la influencia que ella pueda tener en el desarrollo de las plantas. Se espera que, como consecuencia de éstos y otros experimentos análogos, puedan obtenerse considerables ventajas en la agricultura.

Parece ser que, por primera vez, se está gestionando, en plan de darle la mayor eficacia, el establecer una línea aérea comercial entre América y Europa, haciendo que dicha línea

pase por el Polo Norte. Dicese que la Sociedad «Alaska Airlines» le ha cedido a Norteamérica la precisa autorización para inaugurar un servicio regular con aviones a reacción Fairbanks, con la línea Alaska-Oslo-Londres-París.

Entre los problemas del alumbrado, que desde algunos años, van siendo satisfactoriamente resueltos gracias a investigaciones hechas particularmente en América y en Suecia, está el de conseguir encontrar una forma de alumbrado que se aproxime el máximo a la luz solar. Es para hacer uso de ella en aquellas fábricas que se encuentran situadas bajo tierra, o bien en aquellos locales desprovistos de ventanas. Una firma de Utrecht fabrica actualmente una lámpara cuya luz corresponde, en un grado muy aproximado, a la luz solar. Se trata de una lámpara con una combinación de infrarrojo y ultravioleta. Produce unos rayos análogos a los rayos solares.

He aquí algunas conjeturas aportadas por los hombres de ciencia al respecto del tiempo que se le atribuye a la especie humana:

¿Cuántos años tiene la humanidad? Nada más que un millón si aceptamos la tesis del Dr. Hellmunt de Terra, profesor en la Universidad de Yale. De ser cierto lo afirmado por el citado profesor, el ser humano debió aparecer entre las etapas del Plioceno y Pleistoceno. Los más antiguos fósiles humanos que se conocen son los descubiertos en Java (*Pithecanthropus erectus*) y los hallados en las cuevas de Chukutien (hombre de Pekin). Posiblemente estas especies desaparecidas existieron hace unos quinientos mil años. El profesor Franz Waldemreich, que estuvo en el Peking Union Medical Collège, aseguró hace unos años que del «Hombre de Pekin» desciende el tipo humano de nuestros días. Pero, evidentemente, tales apreciaciones en lo que se refiere a la edad de la humanidad no son más que conjeturas.

Según explica el naturalista norteamericano Linceum, hay en Texas una variedad de hormiga que tiene un color rojizo y a la que los «farmers» llaman agrícola. Dichas hormigas disponen de un glacis en torno a la entrada del hormiguero. Esto constituye para ellas un vasto campo de cultivo. Procuran quitar todas las piedrecitas y plantas adventicias, mullen debidamente la tierra y la siembran de arroz. Se trata de una gramínea, casi microscópica. Examinando a la lupa su tallo con espigas, se aprecia que se trata, en efecto, de arroz. Una vez la siembra en sazón, las hormigas llevan a cabo la siega. Separan el grano, la espiga, de la paja y lo conducen a sus almacenes. En ellos parece ser que desarrollan un activo trabajo parecido al de la trilla que realizan los campesinos. Cada grano de arroz es seleccionado separadamente. Después arrojan la paja lejos del hormiguero. Si la humedad llega a penetrar hasta los silos, las hormigas en cuestión, para evitar que germine, cuando luce el

sol, una vez oreado y seco, lo expurgan de granos averiados y lo almacenan de nuevo.

Refiriéndose a las vulgaridades que se acostumbran a proyectar en la televisión, el director de la Manchester G. School, Manchester (Inglaterra) dijo recientemente dirigiéndose a los espectadores televisores: «Si realmente les interesa a ustedes la educación, mi consejo es que vendan el aparato receptor y comprén las obras de Platón. Quizás podrían comprar también algunos otros libros...»

Para aquellos que la ciencia sociológica tiene un particular atractivo, revisten interés los detalles que al respecto de convivencia social, han aparecido en un reciente artículo del «Times», de Londres. Existe en el mundo un rincón de «gentes felices». Ya no se trata de literatura sino de la realidad. Se hace referencia, en el trabajo aludido, a un pequeño país montañoso en que las gentes viven tranquilas y contentas de su suerte. Donde se unen las fronteras de la India, de la China y de la Unión Soviética, se encuentra el pequeño Estado de Hunza. Cuenta, aproximadamente, con 30.000 habitantes y está dirigido por un viejo «chano», especie de juez de Paz. Las solas distracciones populares son el polo y las antiguas danzas. Se desconoce allí la fotografía, la cinematografía y la radio. Tan sólo hay una línea telefónica.

En este minúsculo país no se conocen recaudadores de contribuciones, ni policías, ni Palacio de Justicia, ni políticos de ninguna especie. Cuando surge algún conflicto es el «chano» quien lo resuelve en el curso de su audiencia cotidiana. Durante los cincuenta últimos años tan sólo ha habido seis casos de homicidio. Los asesinos no fueron ejecutados; simplemente se les expulsó del país. Es raro que existan aún en nuestro planeta lugares apacibles. En lo que a Hunza se refiere, la enorme distancia que le separa de los núcleos de población de otros países, el apartamiento en que se encuentra, hacen que, por ahora, pueda vivir «ni envidiado ni envidioso».

Los hombres de ciencia interesados en lo que atañe a la demografía, estudian con singular atención los efectos de un acentuado desarrollo de la especie humana. Se asegura que el hambre es factor considerable para el acrecentamiento de la población. Los países más necesitados son los más prolíficos. Se atribuye a la falta de proteínas en la alimentación el desarrollo exacerbado del instinto sexual. Así tenemos que, en la India, la enorme cantidad de 450 millones de habitantes viven deficientemente alimentados, aumentando anualmente la población en cinco millones.

En los últimos cincuenta años, la población del globo ha experimentado un aumento de 825 millones de habitantes. Ello hace que se estudien, con miras al futuro, y en previsión de un estado de superpoblación mundial, los más originales medios de alimentación. A este fin, se habla del cultivo de las algas. Un americano, el doctor Myers, ha hallado un procedimiento que permite obtener un kilo de algas en un espacio de quince litros cúbicos de agua, cuando lo normal era, hasta ahora, el que, para obtener dicha cantidad, se necesitaban mil litros cúbicos de líquido. Se trata de una especie de alga denominada «Chlorella», de la cual se pueden extraer grandes cantidades de proteínas y de grasas.

No obstante, pese a los que auguran un negro porvenir para la especie humana, en realidad, es considerable la cantidad de tierras que pueden ponerse en condiciones de cultivo. En el mundo es muchísimo mayor la extensión de


tierras que no se aprovechan que aquellas puestas en explotación. Incluso zonas que, por sus especiales características parecían poco o nada propicias al aprovechamiento agrícola, vemos que actualmente, gracias a los adelantos de la técnica, se está en vías de sacarles óptimo rendimiento. Así tenemos que en las tierras heladas de Alaska se viene aclimatando el cultivo de verduras y cereales, lo mismo ocurre en la parte norte de Siberia.

Especializados en el estudio de las enfermedades contagiosas, ciertos profesores norteamericanos han realizado curiosos experimentos al respecto de las moscas llamadas «domésticas». Valiéndose de procedimientos radio-activos, marcaron a cierto número de ellas, esforzándose luego (habiéndolas puesto en libertad antes) por encontrarlas. Pudieron constatar que una mosca recorre fácilmente quince kilómetros para ir en busca de su cotidiano sustento. Habiéndose interesado por saber cuáles son los lugares más particularmente frecuentados por el insecto en cuestión, comprobaron cómo son las plumas de animales lo que mayormente les atrae. Para llevar a buen término sus comprobaciones, marcaron a 200.000 moscas, las cuales, en su mayoría, fueron capturadas y diferenciadas de entre dos millones de sus congéneres. Para ello los experimentadores disponen de un perfeccionadísimo aparato comprobador de radiaciones que permite encontrar «diez moscas radioactivas» perdidas entre cincuenta mil de otras.

Los sondeos por el procedimiento de ultrasonido, creados por Langevin y Chilowky, han permitido registrar, por primera vez, el perfil exacto del fondo del mar, al paso de un barco, sin que éste tenga necesidad de detenerse para tomar las medidas que se van registrando de una manera continua. El sistema de aparato de sondeo ultrasonido es idéntico al del radar: un dispositivo, situado en el casco del barco, produce una vibración corta y violenta en el agua, parecida a un seco golpe de martillo; es lo que se llama un «top» de emisión. Esta vibración ultrasonora llega en sentido vertical, hasta el fondo del mar, que la devuelve en forma de eco. Este eco es captado por otro dispositivo análogo al que ha emitido la vibración, y mediante un sistema registrador, mide de una manera precisa, y continua el tiempo pasado entre la emisión del «top» inicial y su retorno. Y así puede ir midiéndose la profundidad del mar.

Según explica el doctor H. Laborit, existe una evidente relación entre la evolución del ser humano, en tanto que individuo, y el conjunto de la especie humana. La autogénesis reproduce la filogénesis. En otros términos, el individuo pasa en el curso de su desarrollo, desde el óvulo fecundado hasta su maduración por las diferentes fases que ha conocido la especie en el curso de su evolución. Por ejemplo: al principio de su desarrollo en el útero, el feto humano posee branquias como los peces. Al nacer, su sistema nervioso es aún incompletamente formado, porque él ha sido uno de los últimamente perfeccionados en la especie: el recién nacido posee una temperatura interior variable, como la de las serpientes o de ciertos mamíferos, tales como las marmotas, ardillas, murciélagos, etc. De ahí que en ese período no asegure debidamente su equilibrio térmico, el cual está regido por ciertos centros diencefálicos que funcionan aún de un modo imperfecto hasta llegar a una relativa perfección.

ARGOS



POETAS DE AYER Y DE HOY

RENOVACIÓN

Y le digo a la vida: no vaciles, golpea,
Hunde el cortante filo de tu cincel, transforma
Y renueva mi alma, tú que sabes dar forma
Al bronce de un impulso y al mármol de una idea.

Y sacude mi espíritu si sientes que flaquea,
Y dale rumbo fijo cuando pierda su norma,
Y pule sus asperidades, y abrillanta y reforma
Sin descansar un solo instante en la tarea.

Quiero ser un destello consciente de tí misma,
Purificar mi esencia, profundizar el cisma
Entre el nuevo horizonte y el horizonte viejo,

Y salir de tus manos como un vaso de oro,
Que a cada golpe vibre con un clamor sonoro,
Y a cada sol devuelva otro sol en reflejo.



TE ENGAÑAS...

Te engañas, no has vivido... No basta que tus ojos
Se abran como dos fuentes de piedad, que tus manos
Se posen sobre todos los dolores humanos,
Ni que tus plantas crucen por todos los abrojos.

Te engañas, no has vivido mientras tu paso incierto
Surque las lobregueces de tu interior a tientas;
Mientras, en un impulso de introspección, no sientas
Fecundado tu espíritu, florecido tu huerto.

Hay que labrar tu campo, hay que vivir tu vida,
Tener con mano firme la lámpara encendida
Sobre la eterna sombra, sobre el eterno abismo...

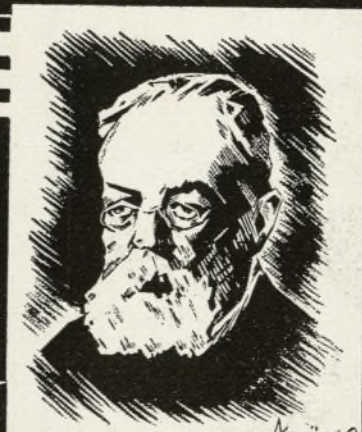
Y callar... mas tan hondo, con tan profunda calma,
Que absorto en la infinita soledad de tí mismo,
No escuches sino el vasto silencio de tu alma.

Enrique GONZALEZ MARTINEZ.



Anselmo Lorenzo

EL Proletariado Militante origen del Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

¿CUALES SON LOS ORIGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO ANARCO-SINDICALISTA ESPAÑOL? ¿Cuáles son sus principios ideológicos? ¿Cuáles son sus tácticas y cuáles sus objetivos? ¿Cuáles han sido sus luchas, sus triunfos y sus martirios? ¿Cuál ha sido su trayectoria desde los tiempos de la Primera Internacional hasta nuestros días?

Dos obras, que no deben faltar en la biblioteca de todo aficionado a los estudios sociales, satisfacen plenamente a estos interrogantes:

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos incluidos gastos de envío: 250 francos.

LA C.N.T. EN LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Por José PEIRATS. Un tomo con 416 páginas, fotocubierta a dos colores e ilustraciones sobre papel couché. Precio del primer tomo (el segundo se halla en prensa): 600 francos.

Pedidos a J. Cazorla, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid

Herbert
imitador
Steinberg:
adura. Ing
mana.- J.
Rebelión
Ugo Fedeli
miento ana
cipios y d
ganizació
book: El e
II.-Arma
de nuestro
anarquismo
septicismo
III.-Edu
Anabella.-
El mundo
Alberto Ca
mental.
rales.-XX
La Cybern
ción futur
ario de po
ción social.
Martin: I
fuego.-Po

Mayo
1952

REVIS